

**SARTRE,
LOS INTELLECTUALES
Y LA POLÍTICA.**

Selección, notas y traducción de
BOLÍVAR ECHEVERRÍA Y CARLOS CASTRO

ÍNDICE

NOTA PRELIMINAR, <i>por Bolívar Echeverría y Carlos Castro</i>	7
I LA IMAGINACIÓN TOMA EL PODER (ENTREVISTA DE JEAN-PAUL SARTRE CON DANIEL COHN-BENDIT)	15
De 1848 a 1968, 17; Más de vanguardia, 21; Un reingreso catastrófico, 23; Nuevos medios, 27	
II UN COMIENZO	29
III EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL: UNA CRÍTICA RADICAL DE LA SOCIEDAD	41
Nada de "violencia gratuita", 42; Nietzsche, Carlyle y Cohn-Bendit, 45; El llamado asesinato, 46; "¡Peor para ellos!", 49; Un saber sin valor, 52; Islotes ridículos, 55; Una prensa contra Hegel, 56	
IV MAYO DE 1968: UNA NUEVA EXIGENCIA	60
Las dos dimensiones de la libertad, 61; Ante todo, aprender a conocerse, 65; Castro y los comunistas, 67; Una etiqueta envenenada, 68; "Todos son unos perros", 70	
V LA ACCIÓN COMÚN: ÚNICO PUENTE ENTRE INTELLECTUALES Y PROLETARIOS	77
APÉNDICE VICTORIA EN LA VICTORIA	99

Nota preliminar

Las entrevistas y artículos reunidos en el presente tomo recogen las opiniones de Sartre a propósito de los acontecimientos de mayo y junio en Francia.

Nuestro propósito al reunir estos textos es el de presentar los puntos de vista de uno de los más discutidos teóricos marxistas, cuya preocupación por estos temas no es de ninguna manera ocasional, sino, por el contrario, se inscribe dentro de una larga trayectoria interpretativa llevada a cabo por la dirección de *Les Temps Modernes*. Por otra parte, la sólida fundamentación teórica que respalda a estos textos y que se revela en ellos constituye una refutación digna de ser tenida en cuenta de la opinión que, reduciendo el marxismo a su expresión oficial por parte de los partidos comunistas, pretende descalificarlo en cuanto método y sistema teórico capaz de dar cuenta de la complejidad y la novedad de los fenómenos que se hicieron presentes en la "revolución de mayo".

La teoría política de Sartre, que se ha venido conformando en una discusión abierta de las posiciones de la izquierda francesa, se ha centrado en torno a tres problemas principales,^{*1} los mismos que pasaron a primer plano en estos últimos acontecimientos: el problema de la función del intelectual en la lucha de clases; el de la estrategia del movimiento obrero europeo en las condiciones creadas por el proceso de expansión monopolista, y el de la interpenetración de los intereses del proletariado europeo y el destino de las luchas revolucionarias de los países del Tercer Mundo.

Hasta los años 50, antes de la identificación creativa de Sartre con el marxismo, el existencialismo de izquierda —“filosofía de la libertad”—había sido ya una implacable crítica inmanente de la “razón burguesa”. Empeñado además, por necesidades de su propio método, en no apartarse de “lo concreto”, su crítica tuvo que referirse a la única experiencia radical del mundo burgués que le era accesible: la experiencia del intelectual. Ésta, tantas veces descrita como la experiencia de una “conciencia desgarrada”, “en crisis”, agobiada por un profundo "malestar en la cultura", fue sometida por los existencialistas a un análisis riguroso que ha incluido desde el tratamiento literario hasta la investigación sociológica y la interpretación filosófica. Corresponde sin duda a los existencialistas el mérito de haber desentrañado la base real, histórica, de la “situación intelectual” y el modo dialéctico en que, a través de un complicado juego de mediaciones y contradicciones, ella se hace presente en cada caso particular de la producción cultural.

En lo que respecta al problema de la función del intelectual en la lucha de clases —cuya importancia quedó demostrada con la rebelión estudiantil francesa, recordando la que ha tenido abiertamente en los países latinoamericanos—, Sartre ha insistido en la necesidad de restituir y perfeccionar el verdadero planteamiento marxista. Suscribe la afirmación de Marx de que "las ideas dominantes de una época de la sociedad son siempre las ideas de la clase dominante", entendiéndola como la descripción de una relación estructural sometida a la acción modificadora de la lucha de clases. No cabe duda de que la ideología de la clase dominante imprime su marca no sólo en los productos científicos y culturales sino en la constitución y el funcionamiento mismos del aparato tecnológico y cultural (universidades, institutos de investigación, academias, prensa, cine, etc.) con que son producidos; es innegable que la producción intelectual se realiza normalmente en el marco de una tendencia justificadora y apologética del orden social burgués; es verdad que el intelectual, por su origen social mismo y en la medida

*1 Ver el libro de Michel-Antoine Bumier *Les existencialistas et la politique*, Gallimard, Path, 1966.

en que su trabajo se realiza en el seno de instituciones que perpetúan una tradición ideológica, pertenece a la clase burguesa y defiende “objetivamente” sus intereses. Sin embargo, afirma Sartre en contra de las versiones empobrecidas del marxismo, este cuadro sería parcial y en definitiva falso si no se tiene en cuenta el elemento contradictorio y dinámico que introduce en él la acción de la lucha de clases.

La presencia del proletariado, “negación práctica del orden social burgués” (Marx), desquicia sistemáticamente el equilibrio de dominación absoluta de la clase burguesa. La creciente incapacidad de esta clase para dar cuenta del nuevo tipo de problemas sociales que trae consigo el desarrollo de las fuerzas productivas, la vuelve cada vez más vulnerable a los ataques de la crítica socialista. La burguesía se ve obligada a imprimir al aparato tecnológico y cultural un carácter ideológico cada vez más acentuado y a desatar en él una contradicción insuperable entre su función propiamente productiva (la investigación de la realidad) y su función ideológica (la justificación del sistema): las universidades se vuelven fábricas de especialistas mediocres y “apolíticos”; la investigación científica se esclaviza a las necesidades del consumo capitalista; las academias sólo exaltan a los “héroes de la cultura occidental”; la prensa, el cine, etc., se vuelven instrumentos de una cínica manipulación de la opinión pública.

“Cuando la clase ascendente toma conciencia de sí misma —dice Sartre—, esta toma de conciencia actúa a distancia sobre los intelectuales y desintegra las ideas en su cabeza”. La presencia antiburguesa del proletariado transforma la situación de los intelectuales: su actividad no se inserta simplemente en una determinación mecánica proveniente de su origen de clase, sino en la determinación contradictoria del campo práctico en que la realiza. Por esta razón, los intelectuales tienen la posibilidad de encontrar una comunidad de tendencia con el proletariado revolucionario; en el ámbito de sus propios centros de trabajo, en la experiencia de las insuficiencias y falsedades de la cultura burguesa, pueden descubrir prácticamente la necesidad de una transformación radical del orden social. El rigor intelectual, la consecuencia científica, ideológica y estética de los hombres de cultura pueden volverse sinónimos de crítica, de impugnación, de *contestación*. Su conciencia crítica será entonces el equivalente cultural de la conciencia revolucionaria del proletariado. En resumen: los intelectuales no están condenados a servir a la burguesía.

El movimiento estudiantil en Francia, nacido en torno a reivindicaciones propias y desbordándose espontánea y consecuentemente hacia una impugnación total de la sociedad para buscar luego el contacto con los trabajadores —única fuerza capaz de transformar radicalmente esa sociedad—, vino a confirmar la validez del análisis sartreano de la situación del intelectual.

El segundo problema principal que Sartre y la redacción de *Les Temps Modernes* han tratado con detenimiento es el de la adecuación de la estrategia socialista a las condiciones de la lucha de clases en los países “altamente desarrollados”.

La redacción de *Les Temps Modernes* define su política situándola en referencia a la del Partido Comunista francés: reconoce que éste es indiscutiblemente *el* partido de la clase obrera, y que todo proyecto revolucionario que pretende prescindir de él es necesariamente utópico; mantiene sin embargo su independencia de apreciación teórica, por cuanto considera que tiene con él diferencias de principio en lo concerniente a la concepción de la estrategia revolucionaria. Esta actitud crítica se dirige básicamente en contra del carácter reformista de la línea seguida por el PCF y en contra de la interpretación sociológica que la fundamenta.

Según Sartre, el reformismo del PCF obedece a su incapacidad —históricamente

explicable y que puede ser superada— para utilizar el método marxista-leninista y descubrir con él las peculiares posibilidades revolucionarias que ofrece la lucha de clases en los países neocapitalistas. La novedad de la situación neocapitalista reside en el hecho de que la experiencia radical de la explotación se le presenta al obrero en un nivel más profundo de su vida productiva: en el nivel de la enajenación del trabajo. El obrero no resiente ya su explotación como privación de los medios necesarios para reproducir su vida, sino como privación de todo poder de decisión y control sobre el proceso productivo. Si antes necesitaba luchar por un acceso a la apropiación de la riqueza social, ahora tiene que hacerlo para poder determinar el tipo de riqueza que debe producirse y el modelo de vida social en que debe ser creada y consumida.

Lo que afecta directamente al trabajador no es la incapacidad de la sociedad burguesa de producir riqueza suficiente, sino el propio carácter capitalista de su sistema de producción. Así pues, la pérdida de urgencia de las reivindicaciones salariales en la "sociedad de consumo" no significa de ninguna manera que el proletariado haya dejado de tener razones de lucha en contra de la burguesía; por el contrario, sus razones se han vuelto más profundas y determinantes: necesita un *poder obrero* capaz de iniciar desde ahora la transformación socialista del modo de producción.

La línea reformista seguida por los dirigentes de la clase obrera en Francia se basa en un programa de reivindicaciones que subordinan sus objetivos a los criterios de racionalidad y de posibilidad del sistema y de la política burguesa. Frente a tal estrategia, que únicamente puede significar para la clase obrera la conquista de victorias que no ponen en cuestión el sistema y que por lo tanto pueden ser reabsorbidas por el neocapitalismo, que deja a éste la iniciativa de *otorgar* concesiones a los trabajadores, que consolida el poder burgués y que impide al proletariado afirmarse como clase potencialmente dirigente, el equipo de *Les Temps Modernes* y en especial André Gorz, su responsable político, proponen una "estrategia socialista de reformas revolucionarias escalonadas". Esta estrategia socialista permitiría alcanzar objetivos intermediarios a través de los cuales el socialismo aparezca como algo posible y reciba una significación concreta: la que tendrá cuando exista la sociedad de los hombres que han sometido las exigencias de la producción a las exigencias humanas, cuando rijan un nuevo orden de prioridades, un nuevo modelo de consumo, de cultura, de convivencia social.

En resumen, pues, todas las críticas de la dirección de *Les Temps Modernes* al PCF convergen en la siguiente: la estrategia reformista del PCF desaprovecha el núcleo mayor del potencial revolucionario de la clase obrera: su exigencia de poder real y su necesidad de conquistas que prefiguren y preparen el orden socialista.

En mayo y junio de 1968, los obreros franceses expresaron muy claramente el nivel en que querían ver planteadas sus exigencias: frente a las reivindicaciones puramente salariales con las que quiso identificarlos la CGT, ellos insistieron en pedir la participación en la dirección de las empresas. Este hecho ha reafirmado a Sartre en sus puntos de vista e incluso le ha hecho dar un paso adelante en su crítica al PCF: si hasta ahora consideró que toda acción al margen del Partido resultaba definitivamente inoperante, ahora sostiene que una organización a la izquierda del Partido no sólo es posible sino además necesaria para, mediante la movilización de las masas, obligar a éste a asumir su función revolucionaria.

En cuanto al tercer grupo de problemas que integran la teoría política de *Les Temps Modernes*, cabe decir que la importancia que dio la rebelión estudiantil de mayo a las consignas y al ejemplo provenientes de las revoluciones del Tercer Mundo puso de relieve la nueva concepción internacionalista de la lucha de clases tantas veces expuesta por el grupo de Sartre. Esta concepción afirma que la sociedad neocapitalista de los países occidentales constituye, en el contexto imperialista mundial, el equivalente

metropolitano de la sociedad subdesarrollada, y que la lucha de clases a nivel internacional implica una interpenetración de los intereses del proletariado occidental con los del proletariado del Tercer Mundo. El mismo Sartre observa que el trabajo político de los "comités de acción revolucionaria" puede considerarse como la reedición, en condiciones diferentes, de las "acciones ejemplares" del foco castrista, "pequeño motor" capaz de poner en marcha el "gran motor" revolucionario de las masas.

BOLÍVAR ECHEVERRÍA Y CARLOS CASTRO

I

La imaginación toma el poder

[entrevista de Jean-Paul Sartre con Daniel Cohn-Bendit]*

JEAN-PAUL SARTRE. En algunos días, sin que haya sido lanzada una orden de huelga general, Francia fue prácticamente paralizada por los paros de trabajo y las ocupaciones de fábricas. Todo esto porque los estudiantes se hicieron dueños de la calle en el Barrio Latino. ¿Cuál es su análisis del movimiento que ustedes desencadenaron? ¿Hasta dónde puede llegar?

DANIEL COHN-BENDIT. El movimiento tomó una extensión que nosotros no podíamos prever al principio. El objetivo, ahora, es la caída del régimen. Pero no depende de nosotros el que esto sea alcanzado o no. Si verdaderamente éste fuera el objetivo del Partido Comunista, de la CGT y de las otras centrales sindicales, no habría problema: el régimen caería en quince días porque no hay nada que oponer a una prueba de fuerza impuesta por todas las fuerzas obreras.

SARTRE. Por el momento hay una desproporción evidente entre el carácter masivo del movimiento de huelga, que permitiría en efecto un enfrentamiento directo con el régimen, y las reivindicaciones a pesar de todo limitadas —salariales, organización del trabajo, jubilación, etc. — presentadas por los sindicatos.

COHN-BENDIT. Siempre ha habido una grieta, en los combates obreros, entre el vigor de la acción y las reivindicaciones iniciales. Pero puede suceder que el éxito de la acción, el dinamismo del movimiento, modifique sobre la marcha la naturaleza de las reivindicaciones. Una huelga desencadenada para lograr una conquista parcial puede transformarse en movimiento insurreccional.

Dicho esto, algunas de las reivindicaciones presentadas ahora por los trabajadores van muy lejos: la semana de cuarenta horas *real*, por ejemplo, y en la Renault el salario mínimo de 1 000 francos por mes. El poder degaullista no puede aceptarlas sin desprestigiarse totalmente y, si se resiste, iría al enfrentamiento. Supongamos que los obreros también ofrecen resistencia y que el régimen cae. ¿Qué sucedería? La izquierda llega al poder. Todo dependerá entonces de lo que ella haga. Si cambia realmente el sistema —confieso que dudo de ello—, obtendrá apoyo y todo irá bien. Pero si sube, con o sin los comunistas, un gobierno *à la* Wilson, que proponga sólo reformas y reajustes menores, la extrema izquierda retomará fuerza y será necesario continuar planteando los verdaderos problemas de gestión de la sociedad, de poder obrero, etcétera.

Pero no hemos llegado a ese punto y de ninguna manera es seguro que el régimen va a caer.

SARTRE. Hay casos, cuando la situación es revolucionaria, en que un movimiento como el de ustedes no se detiene; pero sucede también que el ímpetu decae. En este caso hay que intentar ir lo más lejos posible antes de que se detenga. En su opinión, ¿qué puede resultar de irreversible del movimiento, suponiendo que se detenga pronto?

COHN-BENDIT. Los obreros obtendrán la satisfacción de un cierto número de reivindicaciones materiales y se operarán reformas importantes de la Universidad por iniciativa de las tendencias moderadas del movimiento estudiantil y de los profesores. No serán las reformas radicales que nosotros deseamos, pero obtendremos de todas maneras un cierto peso: haremos proposiciones precisas y seguramente se aceptarán

* Tomado del número especial del 20 de mayo de 1968 de *Le Nouvel Observateur*.

algunas porque no se osará rechazarnos todo. Será progreso, claro está, pero nada fundamental se habrá cambiado y continuaremos impugnando al sistema en su conjunto.

DE 1848 A 1968

De todas maneras, yo no creo que la revolución sea posible así, de un día para otro. Yo creo que sólo se pueden obtener arreglos sucesivos, más o menos importantes, pero que estos arreglos sólo podrán ser impuestos por acciones revolucionarias. Aquí es donde el movimiento estudiantil, que por lo menos desembocará en una reforma importante de la Universidad, incluso si pierde provisionalmente su energía, toma un valor de ejemplo para muchos jóvenes trabajadores. Utilizando los medios de acción tradicionales del movimiento obrero —la huelga, la ocupación de la calle y de los lugares de trabajo—, hicimos saltar el primer obstáculo: el mito según el cual "todo es imposible contra este régimen". Nosotros probamos que ello no era verdad. Y los obreros utilizaron la brecha que quedó abierta. Quizá esta vez no lleguen hasta el final. Pero habrá otras explosiones más tarde. Lo importante es que se dio una demostración de la eficacia de los métodos revolucionarios.

La unión entre los estudiantes y los obreros sólo se puede hacer dentro de la dinámica de la acción, si el movimiento de los estudiantes y el de los trabajadores guarda cada uno su ímpetu y convergen hacia un mismo objetivo. Por el momento existe una desconfianza natural y comprensible entre los obreros.

SARTRE. Esta desconfianza no es natural, es adquirida. No existía a principios del siglo diecinueve y sólo apareció después de las masacres de junio de 1848. Antes, los republicanos —que eran intelectuales y pequeñoburgueses— y los obreros marchaban juntos. En adelante nunca más se intentó esta unión, incluso en el Partido Comunista, que siempre separó cuidadosamente a los obreros de los intelectuales.

COHN-BENDIT. De todas maneras pasó algo durante esta crisis. En Billancourt, los obreros no dejaron a los estudiantes entrar en la fábrica. Pero el hecho de que los estudiantes hayan ido a Billancourt es nuevo e importante. De hecho, hubo tres etapas. Primero, la desconfianza abierta no sólo de la prensa obrera sino del medio obrero. Se decían: "¿Qué tienen estos hijos de papá., que vienen a fastidiarnos?" Y luego, después de los combates en la calle, después de la lucha de los estudiantes contra la policía, este sentimiento desapareció y la solidaridad se dio efectivamente.

Ahora estamos en una tercera etapa: los obreros y los campesinos han entrado a su vez en lucha, pero nos dicen: "¡Esperen un poco, queremos llevar nosotros mismos nuestro propio combate!" Es normal. La unión sólo podrá hacerse más tarde, si los dos movimientos, el de los estudiantes y el de los obreros, guardan su ímpetu. Después de cincuenta años de desconfianza, no creo que lo que se llama el "diálogo" sea posible. No se trata solamente de hablar. Es normal que los obreros no nos reciban con los brazos abiertos. El contacto sólo se establecerá si combatimos juntos. Por ejemplo, se pueden crear grupos de acción revolucionaria comunes, en los cuales obreros y estudiantes planteen problemas juntos y actúen juntos. Hay lugares donde esto irá bien y otros donde no podrá darse.

SARTRE. El problema sigue siendo el mismo: arreglos o revolución. Como usted lo dijo, todo lo que ustedes hacen con violencia es recuperado por los reformistas de manera institucional. La Universidad, gracias a la acción de ustedes, será reformada, pero dentro del marco de la sociedad burguesa.

COHN-BENDIT. Evidentemente, pero creo que es la única manera de avanzar. Tomemos por ejemplo los exámenes. Tendrán lugar, esto no está en discusión. Pero seguramente no se llevarán a cabo como antes. Se encontrará una fórmula nueva. Y si una sola vez se hacen de manera desacostumbrada, se entrará en un proceso de reforma

que será irreversible. Yo no sé hasta dónde llegará esto; sé que se hará lentamente, pero es la única estrategia posible.

Para mí, no se trata de hacer metafísica y buscar cómo se hará "la revolución". Creo, ya lo he dicho, que vamos más bien hacia un cambio perpetuo de la sociedad, provocado en cada etapa por acciones revolucionarias. El cambio radical de las estructuras de nuestra sociedad sólo sería posible si se diera conjuntamente, por ejemplo, la convergencia de una crisis económica grave, la acción de un poderoso movimiento obrero y de una fuerte acción estudiantil. Actualmente estas condiciones no están reunidas. Lo más que se puede esperar es hacer caer al gobierno. Pero no se puede soñar en hacer estallar a la sociedad burguesa. Esto no quiere decir que no haya nada por hacer: al contrario, es preciso luchar paso a paso, a partir de un cuestionamiento global.

La cuestión de saber si todavía puede haber revoluciones en las sociedades capitalistas desarrolladas y lo que se debe hacer para provocarlas verdaderamente no me interesa. Cada uno tiene su teoría. Algunos dicen: las revoluciones del Tercer Mundo son las que provocarán el hundimiento del mundo capitalista. Otros: gracias a la revolución en el mundo capitalista podrá desarrollarse el Tercer Mundo. Todos los análisis están más o menos fundados pero, en mi opinión, no tienen mayor importancia.

Veamos lo que acaba de suceder. Desde hace tiempo mucha gente buscaba el mejor medio de hacer explotar al medio estudiantil. Finalmente, nadie lo encontró y fue una situación objetiva la que provocó la explosión. Hubo, por supuesto, la acción precipitadora del gobierno —la ocupación de la Sorbona por la policía—, pero es evidente que este error monumental no está solo en el origen del movimiento. La policía ya había entrado en Nanterre algunos meses antes, y esto no había desatado ninguna reacción en cadena. Esta vez hubo una que nadie pudo detener, lo que permite analizar el papel que puede desempeñar una minoría en acción.

Lo que sucede desde hace dos semanas constituye en mi opinión una refutación de la famosa teoría de las "vanguardias revolucionarias", consideradas como las fuerzas dirigentes de un movimiento popular. En Nanterre y en París simplemente hubo una situación objetiva, nacida de lo que se llama de una manera vaga "el malestar estudiantil" y de la voluntad de acción de una parte de la juventud, asqueada por la inacción de las clases en el poder. La minoría en acción pudo, porque era teóricamente más consciente y mejor preparada, encender el detonador y abrir una brecha. Pero es todo. Los demás podían seguir o no seguir. Se da al caso de que siguieron. Pero, en lo que siguió, ninguna vanguardia, ya fuera la Unión de Estudiantes Comunistas, la Juventud Comunista Revolucionaria o los marxistas-leninistas, pudo tomar la dirección del movimiento. Sus militantes han participado en las acciones de manera determinante, pero han estado sumergidos en el movimiento. Se les encuentra en los comités de coordinación, donde su papel es importante, pero nunca se ha dado el caso de que alguna de estas vanguardias represente un papel de dirección.

MÁS DE VANGUARDIA

Es el punto esencial. Esto muestra que es necesario abandonar la teoría de "la vanguardia dirigente" para adoptar la mucho más simple, mucho más honesta, de la minoría en acción que desempeña un papel de fermento permanente, empujando a la acción sin pretender dirigir. De hecho, aunque nadie quiera admitirlo, el partido bolchevique no "dirigió" la revolución rusa. Fue llevado por las masas. Pudo elaborar la teoría sobre la marcha, dar impulsos en un sentido o en otro pero no desató, por sí solo,

un movimiento que fue en gran parte espontáneo. En ciertas situaciones objetivas — ayudada por las acciones de una minoría actuante—la espontaneidad vuelve a encontrar su lugar en el movimiento social. Ella es la que permite el empuje hacia adelante, y no las consignas de un grupo dirigente.

SARTRE. Lo que mucha gente no comprende es que ustedes no traten de elaborar un programa, de dar a su movimiento una estructura. Les reprochan el intentar "romper todo" sin saber —en todo caso sin decir— lo que quieren poner en el lugar de lo que destruyen.

COHN-BENDIT. ¡Evidentemente! Todo el mundo estaría asegurado, y Pompidou el primero, si fundáramos un partido anunciando: "Todas estas gentes están ahora con nosotros. Estos son nuestros objetivos y así es como pensamos alcanzarlos..." Sabrían así con quién tienen que vérselas y podrían encontrar el modo de parar el movimiento. Ya no tendrían frente a sí "la anarquía", "el desorden", "la efervescencia incontrolable".

La fuerza de nuestro movimiento está justamente en que se apoya en una espontaneidad "incontrolable", que da el impulso sin intentar canalizar, utilizar en su provecho la acción que ha desencadenado. Actualmente, para nosotros, existen dos soluciones. La primera consiste en reunir cinco personas que tengan una buena formación política y en pedirles que redacten un programa, que formulen reivindicaciones inmediatas que parezcan sólidas, y decir: "¡Esta es la posición del movimiento estudiantil, hagan con él lo que quieran!" Es la mala. La segunda consiste en tratar de hacer comprender la situación no a la totalidad de los estudiantes ni tampoco a la totalidad de los manifestantes, sino a un gran número de ellos. Para esto es preciso evitar crear inmediatamente una organización, definir un programa, que serían inevitablemente paralizantes. La única oportunidad del movimiento es justamente este desorden que permite a la gente hablar libremente y que puede desembocar en una cierta forma de autoorganización. Por ejemplo, ahora es necesario renunciar a los mítines espectaculares y llegar a formar grupos de trabajo y de acción. Esto tratamos de hacer en Nanterre.

Una vez que la palabra ha sido repentinamente liberada en París, es preciso primero que la gente se exprese. La gente dice cosas confusas, vagas, a menudo sin interés porque se las ha oído ya cien veces, pero eso le permite, después de haber hablado, plantearse la pregunta: "¿Y ahora?" Solamente en ese momento se podrá hablar de programa y de estructuración. Planteamos desde ahora la pregunta: "¿Qué van a hacer para los exámenes?", es querer que el pez se ahogue en el agua, es sabotear el movimiento, interrumpir su dinámica. Los exámenes tendrán lugar y nosotros haremos nuestras proposiciones, pero que se nos deje un poco de tiempo. Es preciso primero hablar, reflexionar, buscar fórmulas nuevas. Las encontraremos. Pero no ahora.

UN REINGRESO CATASTRÓFICO

SARTRE. El movimiento estudiantil, usted lo dijo, está ahora en su punto culminante. Pero se acercan las vacaciones; va a haber un aflojamiento, sin duda un retroceso. El gobierno lo aprovechará para hacer reformas. Invitará a estudiantes a participar en ellas y muchos aceptarán, ya sea diciendo: "Nosotros sólo queremos reformismo", o: "Esto es sólo reformismo, pero es mejor que nada y nosotros lo hemos obtenido por la fuerza". Ustedes tendrán pues una Universidad transformada, pero los cambios pueden muy bien no ser más que superficiales, dirigidos sobre todo al mejoramiento de los equipos materiales, de los locales, de los restaurantes universitarios. Todo esto no cambiaría nada en la base del sistema. Éstas son reivindicaciones que el gobierno podría satisfacer

sin poner en cuestión el régimen. ¿Piensan ustedes obtener "arreglos" que introduzcan realmente elementos revolucionarios en la Universidad burguesa, que por ejemplo hagan que la enseñanza dada en la Universidad entre en contradicción con la fundación principal de la Universidad en el régimen actual: la formación de cuadros bien integrados en el sistema?

COHN-BENDIT. Primero, las reivindicaciones puramente materiales pueden tener un contenido revolucionario. En cuanto a los restaurantes universitarios, nosotros tenemos reivindicación que va al fondo. Pedimos su supresión en tanto que restaurantes universitarios. Es necesario que se transformen en restaurantes de la juventud donde todos los jóvenes puedan comer por 1.40 francos. Y nadie puede rechazar esto: si los jóvenes trabajadores trabajan en el día, no veo por qué en la noche no deban cenar por 1.40 francos. Igualmente con las ciudades universitarias: pedimos que se transformen en ciudades para la juventud. Hay muchos jóvenes obreros, jóvenes aprendices que ya no desean vivir con sus padres pero que no pueden tomar un cuarto porque cuesta 300 francos por mes; que se les acoja en las ciudades, donde la renta es de 90 a 100 francos. Y los hijos de familia que estudian derecho o ciencias políticas irán a otra parte.

En el fondo, yo no creo que las reformas que podrá hacer el gobierno bastarán para desmovilizar a los estudiantes. Las vacaciones evidentemente marcarán un retroceso, pero no "romperán" el movimiento. Algunos dirán: "Erramos el golpe", sin tratar de explicar lo que pasó. Otros dirán: "La situación no estaba madura". Pero muchos de los militantes comprenderán que es necesario capitalizar lo que acaba de pasar, analizarlo teóricamente, prepararse para retomar la acción con el reingreso. Porque el reingreso será catastrófico, cualesquiera que sean las reformas del gobierno. Y la experiencia de la acción desordenada, involuntaria, provocada por el poder, que acabamos de llevar a cabo, nos permitirá hacer más eficaz la acción que podría desencadenarse en el otoño. Las vacaciones permitirán a los estudiantes explicarse sus propios avances, manifestados en esos quince días de crisis, y reflexionar sobre lo que quieren y pueden hacer.

En cuanto a la posibilidad de que la enseñanza impartida en la Universidad se transforme en una "contraenseñanza" que fabrique no ya cuadros bien integrados sino revolucionarios, es una esperanza que me parece un poco idealista. La enseñanza burguesa, incluso reformada, fabricará cuadros burgueses. La gente será integrada en el engranaje del sistema. Lo mejor que puede pasar es que se vuelvan miembros de una izquierda bien-pensante, pero objetivamente permanecerán como engranajes que aseguran el funcionamiento de la sociedad.

Nuestro objetivo es lograr llevar a cabo una "enseñanza paralela", técnica e ideológica. Se trata de llevar adelante la Universidad nosotros mismos, sobre bases enteramente nuevas, incluso si esto no dura más que algunas semanas. Haremos un llamado a los profesores de izquierda y de extrema izquierda que están dispuestos a trabajar con nosotros en seminarios y en ayudarnos con su saber —renunciando a su posición de "profesor"— en la búsqueda que nosotros llevamos a cabo.

Podemos abrir seminarios en todas las facultades —no cursos magisteriales, evidentemente— sobre los problemas del movimiento obrero, sobre la utilización de la técnica al servicio del hombre sobre las posibilidades que ofrece la automatización. Y todo esto no desde el punto de vista teórico (actualmente no hay un solo libro de sociología que no comience con la frase: "Es necesario poner la técnica al servicio del hombre"), sino planteando, problemas concretos. Esta enseñanza evidentemente tendría una orientación contraria a la del sistema y la experiencia no podría durar mucho tiempo el sistema reaccionaría y el movimiento decaería. Pero lo importante no

es elaborar una reforma de la sociedad capitalista, sino realizar una experiencia que rompa completamente con estas sociedades, una experiencia que no dure pero que deje entrever una posibilidad: se percibirá fugitivamente algo que luego se apagará. Pero ello bastará para probar que ese algo puede existir.

No esperamos hacer una Universidad de tipo socialista en nuestra sociedad, porque sabemos que la función de la Universidad permanecerá igual en tanto que no cambie el sistema entero. Pero creemos que puede haber momentos de ruptura en la cohesión del sistema y que se los puede aprovechar para abrir brechas en él.

SARTRE. Esto supone la existencia permanente de un movimiento "antiinstitucional" que impida petrificarse a las fuerzas estudiantiles. En efecto, lo que ustedes pueden reprocharle a la UNEF es ser un sindicato, es decir, una institución forzosamente esclerótica.

COHN-BENDIT. Lo que nosotros le reprochamos sobre todo es ser, por sus formas de organización, incapaz de impulsar una reivindicación. La defensa de los intereses de los estudiantes es por otra parte una cosa muy problemática. ¿Cuáles son sus "intereses"? Los estudiantes no constituyen una clase. Los trabajadores, los campesinos, forman una clase social y tienen intereses objetivos. Sus reivindicaciones son claras y se dirigen al patronato, a los representantes de la burguesía. ¿Pero los estudiantes? ¿Quiénes son sus "opresores", si no el sistema entero?

NUEVOS MEDIOS

SARTRE. En efecto, los estudiantes no son una clase. Se definen por una edad y por una relación con el saber. El estudiante es alguien que, por definición, algún día debe dejar de ser estudiante; y esto en cualquier sociedad, incluso en aquella con la que soñamos.

COHN-BENDIT. Eso es justamente lo que es necesario cambiar. En el sistema actual se dice: existen los que trabajan y los que estudian. Y así se permanece en una división, incluso inteligente, del trabajo social. Pero es posible imaginar otro sistema donde todo el mundo trabaje en las tareas de producción —reducidas al máximo gracias a los progresos técnicos— y donde cada uno tenga la posibilidad de seguir paralelamente estudios continuos. Es el sistema del trabajo productivo y del estudio simultáneos.

Evidentemente habrá casos particulares: no se puede estudiar matemáticas muy adelantadas, o medicina, y al mismo tiempo ejercer otra actividad. No se trata de instituir reglas uniformes. Pero el principio de base es el que debe ser cambiado. Es necesario rechazar, desde el principio, la distinción entre estudiante y trabajador.

Claro que todo esto no se hará mañana, pero ha comenzado algo que necesariamente continuará.

SARTRE. Lo que hay de interesante en la acción de ustedes es que lleva la imaginación al poder. Ustedes tienen una imaginación limitada, como todo el mundo, pero tienen muchas más ideas que sus padres. Nosotros estamos formados de tal manera que tenemos una idea precisa de lo que es posible y de lo que no lo es. Un profesor dirá: ¿Suprimir los exámenes? Nunca. Se los puede transformar, ¡pero no suprimir!. ¿Por qué? Porque él ha pasado exámenes durante la mitad de su vida.

A menudo la clase obrera ha imaginado nuevos medios de lucha, pero siempre en función de la situación precisa en la cual se encontraba. En 1936 inventó la ocupación de las fábricas porque ésta era la única arma que tenía para consolidar y para sacar

provecho de una victoria electoral. Ustedes tienen una imaginación mucho más rica, y las fórmulas que se leen en las paredes de la Sorbona lo prueban. Algo surge de ustedes que asombra, que arrastra, que niega todo lo que ha hecho de nuestra sociedad lo que es actualmente. Eso es lo que yo llamaría la extensión del campo de los posibles. No renuncien a ello.

II UN COMIENZO*

A partir de ahora sabemos que la revolución socialista no es imposible en un país de Europa occidental, y quizá en dos o tres. Ahora conocemos mejor lo que podría ser un proceso revolucionario, y qué condiciones, no reunidas durante la insurrección de mayo, son necesarias para su triunfo.

1. El proceso que, de la protesta a la represión y a la reacción defensiva en contra de ésta, condujo a las barricadas del 10 de mayo y luego a la huelga general presenta cierta semejanza con el esquema insurreccional de tipo castrista.

a] La vanguardia no es una organización política preexistente que guíe y organice a la masa en movimiento; es una minoría actuante que manifiesta por medio de acciones explosivas su rechazo radical y total de la sociedad existente, con el fin de provocar un choque psicológico, de revelar la vulnerabilidad y la podredumbre del orden imperante, y de llamar por medio de *acciones ejemplares*, más que por medio de consignas, análisis o programas, a la insurrección general.

Las barricadas del 10 de mayo, si bien en aquel día fueron el resultado de una convergencia imprevisible de circunstancias, mostraron la eficacia de las acciones de choque, acompañadas de una avalancha de llamados insurreccionales y revolucionarios sobre las masas trabajadoras a las que se sabía descontentas, es cierto, pero cuyo descontento era tenido, desde Duverger hasta Waldeck Rochet, por puramente "alimenticio" y cuyas reivindicaciones eran presentadas a nivel del puro consumo.

b] Contrariamente a la tesis defendida por algunos de nosotros acerca de la necesidad de mediaciones —u objetivos intermediarios— para hacer surgir la exigencia revolucionaria de un proceso de luchas inicialmente limitadas en sus perspectivas, el carácter inmediatamente revolucionario y ejemplarmente subversivo fue el que provocó la movilización de la clase obrera.

El desafío a las fuerzas policíacas, ventajosamente armadas y organizadas, la ocupación de las facultades y del Odeón, la instauración de una contra-universidad y de un poder estudiantil, fueron ideas que encarnaron inmediatamente en actos ejemplares, y estos actos tuvieron poder de convicción y de movilización muy superior a los métodos tradicionales de agitación y propaganda. No sólo demostraron prácticamente la *posibilidad* de transformar el orden establecido al nivel de una de sus instituciones principales, sino que ellos mismos fueron su negación positiva.

Mientras que el 13 de mayo las consignas cegetistas, comunistas y de la federación no eran más que "aumentadnos los salarios", "queremos las cuarenta horas", "gobierno popular" —consignas que, dentro de la tradición de "Pompidou danos nuestros centavos", se incluían en la "petición al príncipe", y reclamaban la concesión *desde arriba* de satisfacciones inmediatas y limitadas—, el 15 de mayo, después de la ocupación de las facultades y del Odeón, la ocupación de las fábricas constituía un eco de la insurrección estudiantil: la clase obrera tomaba espontáneamente el poder, a su manera, en los centros de producción. Su acción no tenía otro contenido que ella misma, es decir: la toma del poder, la negación de las relaciones sociales y de producción capitalistas.

2. A diferencia de la insurrección estudiantil que con el apoyo de una parte de los profesores podía tomar el poder en la Universidad y hacerla funcionar en contra de la

* *Les Temps Modernes*, París, 6 de junio de 1968 [editorial].

lógica de la sociedad circundante y de su Estado sin que éste fuese alcanzado mortalmente en lo inmediato, el levantamiento obrero no podía hacer lo mismo en los centros de producción con el apoyo de una parte de los cuadros, sin que este poder obrero, al volverse una negación positiva, no atentase contra la propiedad capitalista y no se lanzase a la conquista del Estado. Esta conquista no podía llevarse a cabo mediante el tipo de acciones espontáneas que había conquistado la Universidad: suponía una estrategia política, es decir, la existencia de una organización revolucionaria.

a] Esta organización, de haber existido y de haber ejercido su influencia en los comités de huelga y en los comités locales, hubiera podido instalar por todas partes centros de poder obrero y popular antes de que el Estado tuviese tiempo de reaccionar; hubiera podido romper los principales soportes del Estado capitalista antes de verse obligado a realizar y ganar contra él la prueba de fuerza final; hubiera podido coordinar desde la base la toma de control de complejos enteros del aparato de producción, distribución y administración, impulsando, en todos los lugares donde los trabajadores estaban preparados para hacerlo, el paso, mediante la autogestión obrera, de la ocupación de las fábricas *paradas* a la nueva puesta en marcha y a la reorganización interna de las empresas ocupadas. Estas "huelgas de gestión", experimentadas en Francia y en Italia a principio de los años 50, hubieran tenido el mismo efecto de ruptura político-ideológica que la organización de una contra-universidad.

Aunque no sea generalizable, este giro de las huelgas era posible tanto en las industrias técnicamente avanzadas como en muchos de los grandes servicios públicos (correos, transportes, administraciones municipales, radio-televisión). En especial, la huelga de los transportes colectivos hubiera podido tomar la forma de una autoorganización de transportes públicos gratuitos por parte de los trabajadores en huelga, prefigurando así el nuevo estatuto de un servicio no comercial. La huelga de gestión en los sectores petrolero, petroquímico, de construcción eléctrica, etc., hubiera prefigurado su necesaria socialización. La organización del abastecimiento de las ciudades por los comités de huelga, en unión con las cooperativas campesinas y los comités locales, hubiera prefigurado la eliminación de la especulación comercial y la socialización de la distribución. Siendo condición de la duración ilimitada de la huelga, la gestión social de una parte de la economía hubiera sido igualmente su resultado.

En todas partes, la huelga acompañada de ocupación hubiera podido ir acompañada de una reorganización del trabajo y de los talleres, de la definición de nuevas formas o ritmos de producción, de la abolición de las relaciones jerárquicas, de la transformación de las relaciones entre trabajadores manuales y no manuales, de la eliminación de cuadros despóticos o incompetentes y de la promoción inmediata de nuevos responsables de taller y de empresa, con un llamado a la colaboración de estudiantes, profesores e investigadores con capacidades que sirviesen para el buen éxito de la experiencia.

Siendo empresa de liberación y de autoeducación de los trabajadores al mismo tiempo que toma parcial del poder por la clase obrera, la ocupación de las empresas y el inicio de su autogestión habría permitido, a la vez: satisfacer, por autodeterminación de la base, ciertas reivindicaciones de los trabajadores, sin esperar el consentimiento del patronato y del Estado; poner en huelga al país sin que los productos vitales llegaran a faltar; rechazar toda negociación con el Estado burgués y la clase patronal, y lograr su abdicación aprovechando el tiempo para la autoorganización del proletariado y de sus aliados, para la instauración, en todos los

niveles, de focos de democracia directa y de poder popular, y para la elaboración, en todas las escalas y todos los sectores, de objetivos y métodos de la sociedad poscapitalista.

b] La enumeración de esas posibilidades, reunidas a partir del 15 de mayo, permite medir la falta de preparación ideológica, política y de organización de los partidos y sindicatos que se presentan como guías de la clase obrera. Ninguno de ellos intentó dar perspectivas revolucionarias ni conciencia, tanto de sus posibilidades como de su sentido profundo, a la huelga generalizada y potencialmente revolucionaria. Todo el trabajo de reflexión, elaboración y transformación radical llevado a cabo por estudiantes, profesores, arquitectos, médicos, escritores, artistas, cuadros científicos y técnicos, periodistas, se hizo fuera, incluso contra el partido de la clase obrera que durante diez días se empeñó en asignar a la insurrección universitaria objetivos de reformas inmediatas y limitadas (cf. la presentación por *L'Humanité* de la "reforma de los exámenes" elaborada por los profesores comunistas), y a los trabajadores que ocupaban las fábricas, objetivos reivindicativos tradicionales, "alimenticios" y uniformes, negociables "arriba" con el gobierno en turno, como si la preocupación principal del Partido y la CGT hubiese sido la de contener el movimiento, de impedir una revolución, de evitar la caída del régimen y el Estado burgués, y de posponer para una época posterior toda transformación, cuando ésta pudiera ser decidida, limitada, otorgada y ejecutada desde arriba, en frío, por un aparato estático nuevamente amo del país. Las direcciones del PCF y de la CGT (ésta con un furor obrerista que sobrepasó, en la denuncia de toda iniciativa que no provenía de ella misma, el primitivismo que le es propio) se revelaron como las principales fuerzas de orden antirrevolucionario de la sociedad francesa. Creyendo alinearse con la masa y seguirla en lugar de impulsar su iniciativa, y de dar su lucha perspectivas y medios de expresión y de experimentación, los organismos fueron constantemente precedidos y empujados por las acciones inventadas en la base, la que, al rechazar los protocolos de acuerdo del 27 de mayo, hizo aparecer en toda su evidencia el abismo existente entre un proceso abiertamente revolucionario por su amplitud, sus métodos, sus objetivos inmediatos (mil francos de salario mínimo, semana de cuarenta horas, poder obrero en las empresas, son para Francia reivindicaciones incompatibles con el mantenimiento del orden capitalista), y el pobre diez por ciento de aumento que resultaba de las promesas imprecisas con las cuales la CGT creyó poder apaciguar a la clase obrera.

3. La mayor preocupación de los aparatos del movimiento obrero, mientras duró la fase aguda de la crisis, fue la de dar seguridades no solamente a los socialdemócratas y centristas sino incluso a la clase patronal misma. Desde el 23 de mayo, la dirección de la CGT intentó entablar un contacto directo con la CNPF (el organismo patronal) con el fin de darle seguridades de viva voz acerca de las intenciones de los dirigentes comunistas y darle garantías concretas en cuanto a su voluntad, expresada ya públicamente antes de esta fecha, de negociar con el patronato sobre una base reivindicativa clásica.

Evidentemente, el análisis de la dirección comunista era que no convenía comprometer, debido a "imprudencias" o incluso por el aprovechamiento de una situación revolucionaria, la alianza política y parlamentaria que se había delineado entre el PCF y la Federación de Izquierdas; que no convenía dar a ésta ningún pretexto para poner en duda la respetabilidad del PCF, su sentido de la legalidad y el orden, su rechazo a los métodos revolucionarios y a la revolución misma, su lealtad de futuro socio en un gobierno reformista. Todavía más: no convenía que los comunistas se presentasen como la fuerza principal del movimiento en curso, ni que se apropiasen de la dirección, el mérito y, posteriormente, del beneficio electoral, puesto que si se

volvían o aparecían como la fuerza principal de la izquierda, sus futuros socios reformistas podrían dar pie atrás temiendo una alianza desigual, y abandonar en su aislamiento a un PCF que se hubiese vuelto inquietante debido a su excesiva fuerza.

De esta manera, con el fin de dar seguridad a sus futuros socios del gobierno burgués, el PCF se retrasó en muchos aspectos en referencia a ellos y manejó hasta el 26 de mayo (fecha en la cual Garaudy, en nombre del buró político, hizo una tentativa sin consecuencias por rectificar la línea), con una brutalidad y una grosería muy stalinianas, la injuria y la denuncia contra las vanguardias, intelectuales o no. En numerosas ocasiones el PCF demostró que podía poner el tenor staliniano al servicio de una línea conservadora, y, para defenderla, impedir el ejercicio de las libertades de reunión, de palabra y de prensa, entregar a los estudiantes en manos de la policía (en Lyon), aprobar la decisión (juzgada inadecuada hasta en los medios degaullistas) del primer policía de Francia de prohibir a Cohn-Bendit la entrada al territorio francés.

De esta manera, para facilitar las oportunidades futuras de una política reformista, el PCF rechazó las oportunidades presentes de una revolución socialista. Las rechazó con métodos y con un estilo que no darán, seguridades ni a sus enemigos de siempre ni a sus aliados potenciales.

De esta manera, actuando en función de un análisis de hace dos años, que preveía la inserción parlamentaria del PCF en el juego político, la extinción normal de la V República, una transición ordenada hacia la VI y la asociación de los comunistas en un gobierno de reformas limitadas y progresivas, el PCF rehusó aprovechar la crisis de mayo. Rehusó creer en la posibilidad de esa crisis (tomando sus distancias en relación con la insurrección estudiantil); luego rehusó creer en la realidad de esta crisis (presionando para entablar negociaciones con un régimen moribundo); y, por fin, rehusó creer en las potencialidades de esta crisis, es decir, en la toma revolucionaria del poder por la clase obrera. Ésta, inspirada por la victoria de los estudiantes sobre el poder y, en algunos lugares, por su propaganda directa, servía a las fuerzas socialistas una revolución en bandeja de plata. El acontecimiento no cabía dentro de los esquemas preestablecidos: se rechazó la bandeja para ofrecer a la clase obrera un diez por ciento de aumento nominal de salarios y la perspectiva de un dudoso triunfo electoral y de reformas que dejaban el socialismo para un futuro muy impreciso.

4. El tipo de partido y el tipo de acción capaces de conducir a una crisis revolucionaria fueron definidos por su ausencia durante el curso de estos acontecimientos:

a) El partido revolucionario de nuevo tipo no puede contentarse con ser una organización estructurada y centralizada, concebida con vistas a conquistar el aparato estatal mediante un proceso legal. Tal conquista, o bien será siempre imposible, o bien se volverá posible por un golpe sorpresivo, pero entrañará siempre riesgos políticos (pérdida de aliados necesarios para el ejercicio normal de un poder parlamentario) y militares (chantaje de guerra civil) que el partido tipo clásico rehusará en virtud de sus opciones y de su misma naturaleza.

b) La toma del poder no puede ser el resultado de un proceso revolucionario que se desarrolle de la periferia hacia el centro. El Estado no puede ser conquistado por una confiscación, pacífica o no, que deje sin modificar sus "palancas de comando". Su conquista será el resultado de su desintegración y de su parálisis posteriores al surgimiento de poderes populares autoorganizados en las fábricas, administraciones, servicios públicos, municipios ciudades, regiones. La toma del poder a nivel de los centros de decisión y de producción, materialmente al alcance de los trabajadores

agrupados, es la que, vaciando al Estado burgués de su sustancia, permitirá finalmente romper su resistencia. La revolución, ahora como en 1917, descansará en un comienzo sobre la iniciativa de las masas, sobre el ejercicio del "doble poder" por parte de los comités de acción (o soviets) de los huelguistas, los estudiantes, los municipios.

c] En consecuencia, la acción del partido revolucionario de nuevo tipo descansará no sobre militantes disciplinados y comandados por un aparato central en su actividad cotidiana, sino sobre activistas locales capaces de juicios y de iniciativas autónomas de acuerdo con las condiciones locales, capaces de suscitar y animar las discusiones en asambleas libres, la autoorganización y la autodeterminación de ciudadanos agrupados, la toma de control por parte de ellos mismos de sus condiciones de existencia colectiva.

Sin embargo, el aparato central del partido no se vuelve superfluo, sino que su función se reduce a: coordinar las actividades de los activistas locales gracias a una red de comunicaciones y de información; elaborar perspectivas generales y soluciones específicas sustitutivas en todos los ámbitos institucionales, especialmente en materia de planificación económica socialista; promover la formación de equipos capaces de poner en pie y de hacer funcionar las instituciones centrales de la sociedad revolucionaria.

5. Hasta ahora ha sido indudable que nada era posible sin el Partido Comunista francés y la CGT; a partir de ahora es también indudable que nada es posible con el Partido Comunista Francés y la CGT en su forma actual. Desgraciadamente la primera afirmación sigue siendo cierta aun cuando la segunda se impone. Es necesario pues que cambien el PC y la CGT, pero ciertamente no lo harán por sí solos. Ello sólo podrá producirse bajo la presión revolucionaria de la base y de los acontecimientos. Mas ¿no está excluida esta posibilidad, y tal vez por mucho tiempo, por el reflujo que organizan e intentan enmascarar las direcciones sindicales?

Sin embargo, de las elecciones —si se las gana contra el degaullismo— puede resultar también un retorno a la ofensiva. Sería en efecto absurdo desintegrarse de ellas identificando a los adversarios, cómplices "objetivamente" (como solían decir aquellos que ahora merecen que se les devuelva este tipo de argumento). No es que haya que hacerse muchas ilusiones acerca de las virtudes de un gobierno surgido de elecciones ganadas por la "izquierda", pero una salida de la mayoría actual parecería justificar la política del PC, lo ratificaría en su voluntad —más bien su sueño y prácticamente su rechazo— de no decidir la revolución más que desde arriba. La llegada al Parlamento de una mayoría de izquierda obligaría a De Gaulle, por el contrario, a combatirla tanto abierta como ilegalmente o a abandonar el poder; crearía la posibilidad de desarrollos imprevisibles y de esta manera otorgaría a la acción de las vanguardias y luego de las masas las oportunidades que los aparatos escleróticos acaban de hacerles perder.

El sistema capitalista ha sufrido una ruptura de equilibrio que agudizará durante mucho tiempo sus contradicciones; esto provocará una sucesión de crisis e intensificará la lucha de clases. Los aumentos de salarios que acaba de conquistar la clase obrera son de tal amplitud que el sistema no podrá absorberlos sobre la base de sus estructuras actuales ni podrá restablecer su equilibrio en un nivel superior. La clase patronal intentará recobrar por todos los medios una gran parte de lo que acaba de verse forzada a conceder. La política económica del régimen se ha vuelto no viable. Ningún gobierno, aunque fuese "popular", estaría en capacidad el año próximo de hacer funcionar, conforme a su lógica interna, el capitalismo francés cuya rigidez y estrechez de límites de concesión son notorias.

La clase obrera francesa se verá pues conducida a poner en cuestión cada vez más

conscientemente un sistema que acaban de sacudir sus conquistas limitadas y en el marco del cual éstas no podrán ser salvaguardadas ni *a fortiori* ampliadas. Miles de nuevos jóvenes militantes, más radicales que sus padres, acaban de surgir y de descubrir su misión; centenares de miles de trabajadores acaban de politizarse y de descubrir un campo de posibilidades de una extensión hasta ahora insospechada. Deshaciéndose en caso necesario de sus dirigentes, continuarán el combate o lo retomarán en la primera ocasión. Aunque fallida, la insurrección de mayo fue un comienzo.

III

El movimiento estudiantil: una crítica radical de la sociedad*

- *Después de la última gran manifestación de los estudiantes, en la noche del 11 al 12 de junio, cuando las barricadas se extendieron no solamente por el Barrio Latino sino por todo París, se dio un giro muy claro de la opinión pública. Mucha de la gente que había manifestado hasta entonces su simpatía por los estudiantes juzgó que éstos "exageraban" y que su "violencia estéril" perjudicaba su propia causa...*

SARTRE. Sí, porque la opinión pública francesa —como todas las opiniones públicas— es necia. Es necia porque está mal informada, y está mal informada porque la prensa no hace su trabajo. Nadie ha tratado de explicar a la opinión pública el sentido de esta violencia de los estudiantes, que en realidad no es más que una "contraviolencia". Contraviolencia no solamente ocasional contra los policías que los han provocado deliberadamente, sino contra una sociedad que los oprime (de esto hablaré en la siguiente entrevista). Ahora ya hay personas que tratan de explicarlo: son los miembros de los cuatrocientos comités de acción revolucionaria que realizan discusiones públicas y que hacen en la calle el trabajo que debería hacer la prensa. Están sirviendo de contraveneno, y debo decir que me parecen extraordinarios. Los veo trabajar en mi barrio, frente a la estación de Montparnasse o frente al quiosco de periódicos del cruce Raspail-Montparnasse. Utilizan dos tácticas. La primera consiste en provocar una discusión entre un tipo bonachón, más bien indolente pero de izquierda, y un excitado de derecha. La gente que pasa se agrupa, cada uno dice lo suyo y, cuando el debate se ha establecido, los miembros del comité de acción se retiran dejando a los demás discutir entre sí. Esto siempre es bueno porque la evidente violencia del excitado de derecha ayuda a que la gente considere de diferente manera la violencia estudiantil.

El otro método, que me parece mejor, consiste en explicar directamente a la gente lo que pasa. Esto no siempre es fácil. A menudo veo muchachas jóvenes que no tienen mucha voz hacer frente a gritones encendidos en cólera. A veces el tono sube mucho pero nunca hay intercambio de golpes. Nadie lo desea. Naturalmente el joven fascista es quien habla más y más fuerte, pero de todas maneras debe retomar aliento de vez en cuando. En ese momento la joven de voz frágil lanza una réplica, hace una pregunta y el fascista se ve obligado a dar una respuesta en la cual resalta su mala fe.

NADA DE "VIOLENCIA GRATUITA"

Todos los que asisten a estas discusiones se sorprenden de la dulzura y la paciencia con las que estos jóvenes explican el sentido de su acción. Verdaderamente hacen un trabajo admirable y estoy seguro de que, si hubiera habido más comités de acción por todas partes en la calle en la mañana del 12 de junio, muchos parisienses habrían reaccionado muy diferentemente a las manifestaciones de la noche.

¿Qué pasó esa noche? Lo mismo que en todas las manifestaciones precedentes que habían tenido un "mal giro": los estudiantes no habían hecho otra cosa que responder a las provocaciones de la policía. Desde principios del mes de mayo, todas las

* Tomado del número 188, correspondiente a la semana del 19 al 25 de junio de 1968, de *Le Nouvel Observateur*. Entrevista realizada por Serge Lafaurie.

manifestaciones autorizadas se llevaron a cabo en calma; sólo hubo violencia cuando la policía trató de impedir el desfile de estudiantes o dispersar sus reuniones. El 10 de junio, un estudiante de la Unión de Juventudes Comunistas Marxistas-Leninistas, que había venido a manifestar su solidaridad con los obreros huelguistas de Flins, fue ahogado por la policía en el Sena, en Mureaux.

Y digo *por la policía*. Poco importa que no haya sido lanzado directamente al agua, como parecen indicarlo los testimonios. Cuando unos quince jóvenes deciden hundirse en el Sena, escogiendo la huida más peligrosa, porque están rodeados por las fuerzas de la policía y porque algunos de sus compañeros han sido ya salvajemente golpeados ante sus ojos, si uno de ellos muere, debe decirse que la responsabilidad de la policía es total. La prensa, evidentemente, no lo admitió, y el "*estudiante ahogado*" de las primeras horas pronto se convirtió, en las siguientes ediciones, en un estudiante "*que se ahogó*".

Para la UNEF no había problema: la policía había matado a un estudiante, y era necesario manifestarse. Los estudiantes no podían dejar asesinar a uno de sus compañeros, sin protestar. Sauvageot dijo: "*Nosotros de todas maneras nos manifestaremos. Si el servicio del orden no interviene, no habrá ninguna violencia. Pero si se nos impide pasar, no daremos la orden de dispersión*".

Sin embargo, el gobierno prohibió la manifestación. ¿Por qué? No había ninguna razón. Otros desfiles —el 13 de mayo, desde la Place de la République hasta Denfert-Rochereau; el 17 de mayo, al estadio de Charlety— se habían llevado a cabo sin incidentes. Incluso esta vez, los estudiantes y los jóvenes trabajadores habían gritado "CRS = SS"* e "De Gaulle asesino", y habrían ocupado pacíficamente la calle, sin romper un escaparate, sin romper una silla de café. Pero el gobierno había decidido prohibir todas las manifestaciones, sin duda por miedo a que se realizara una que fuese más espectacular que la de los degaullistas, el 30 de mayo, de la Place de la Concorde a L'Étoile.

El 11 de mayo en París, fue el poder el que creó un cáncer generalizado al impedir a los estudiantes manifestar libremente su indignación. Los manifestantes no hicieron otra cosa que responder con la contraviolencia a la violencia previa que se les había hecho. Por otra parte, contrariamente a lo que se nos quiere hacer creer, los estudiantes, si bien impugnan radicalmente la sociedad, no son de ninguna manera alborotadores que sueñen con destruirlo todo. Para comenzar, es notorio que su violencia no haya sido ejercida *más que contra la policía*. Hubo comisariados atacados, carros de la policía incendiados, policías heridos. Claro que también hubo automóviles particulares y diferentes equipos públicos utilizados para construir las barricadas defensivas. Pero la prensa prácticamente no ha podido señalar (y sin embargo habría estado muy contenta de poder hacerlo) ningún caso de pillaje, de robo, de brutalidades cometidas con "oponentes", de violencia gratuita. Y esto a pesar de la presencia, tan complacidamente subrayada, de tantos "granujas" que habían descendido de las afueras para "aterrorizar al burgués". La violencia de los estudiantes y de los jóvenes trabajadores nunca fue más que defensiva.

NIETZSCHE, CARLYLE Y COHN-BENDIT

Por otra parte, quienes son acusados de ser más directamente los alborotadores son justamente los que no aprueban la violencia universitaria. Pienso en los "maoístas" y en los anarcotrotskyistas de la FER que estiman que el "trabajo" en el Barrio Latino no

* CRS: "Compañías Republicanas de Seguridad", cuerpo *élite* de la policía francesa.
SS: "Cuerpo de protección" (*Schutz Staffel*) del estado nacionalista de Alemania. [T.]

tiene ningún interés. Las manifestaciones de estudiantes son incluso, en su opinión, una diversión nefasta que hace el juego al régimen: al seno de la clase obrera debe llevarse el fermento revolucionario, pues solamente de ella puede surgir un movimiento revolucionario realmente eficaz. Sin embargo, fueron estos dos movimientos los afectados por la orden de disolución, mientras que no se osó tocar a la UNEF, que es la que llama a manifestar. Fue igualmente disuelta una organización tan "inatrapable" como el Movimiento 22 de Marzo, del cual nadie sabe si tiene 5 000 o 50 miembros, que él mismo ha rehusado darse una estructura, que considera el papel de las "minorías en acción" como el de un fermento siempre presente pero siempre difuso en la sociedad, y que es lo contrario de lo que puede llamarse una "organización terrorista".

- *A propósito de la entrevista que usted tuvo con Cohn-Bendit y cuyo texto publicamos nosotros, Roger Priouret escribió en L'Express que el pensamiento de Cohn-Bendit "es un eco de Thomas Carlyle y de Federico Nietzsche..."*

SARTRE. Es ése un triste ejemplo de analfabetismo político. Priouret puede escribir lugares comunes sobre economía porque ha leído algunos libros sobre el tema. Pero hablar de Nietzsche y de Carlyle a propósito de Cohn-Bendit es probar no sólo que no se tiene cultura, sino además que nunca se ha aprendido a pensar.

Cohn-Bendit se burla ampliamente de Nietzsche y yo no estoy seguro de que haya leído a Carlyle. De todas maneras, las teorías del "héroe" no le interesan. Lo que trata de comprender es lo que puede o debe ser el papel de una minoría activista. Hasta ahora ha habido tres grandes concepciones del movimiento insurreccional: la de Blanqui, la de Lenin y la de Rosa Luxemburgo.

EL LLAMADO AL ASESINATO

Para Blanqui, es muy simple: corresponde a un grupo armado, entrenado, rigurosamente disciplinado, tomar el poder y poner a la masa —que seguirá inmediatamente— frente al hecho realizado. Para Lenin, la masa entera es la que actúa, pero controlada por el partido que empuja y que decide. Para Rosa Luxemburgo, es también la masa, pero sin la regimentación del partido, cuyos dirigentes surgen y desaparecen, producidos en cada etapa por la masa misma que en seguida los reabsorbe.

Es claro que la concepción de Cohn-Bendit —aunque él tenga horror de que se le una a cualquier "escuela"— está más próxima a la de Rosa Luxemburgo que a las otras dos. Él no sueña ni un instante en hombres superiores o en superhombres que conducirían a la masa. Piensa que la masa engendra de vez en cuando pequeños grupos de hombres que nunca son "jefes" pero que pueden desencadenar —en ciertos momentos privilegiados en que su acción corresponde a una exigencia popular profunda— un movimiento de masa que los sobrepasa y pronto los engloba. ¿Dónde se insertan allí Nietzsche y Carlyle? ¡Me gustaría que Priouret me lo explicara!

- *El gobierno, es clásico, sentía la necesidad de hacer algo para tranquilizar a su clientela y demostrar que no permanecía inactivo ante la "subversión". Por lo cual decidió atacar lo que más parecía ser la dirección: los miembros de los "grupúsculos" que habían sido, para la opinión pública, las vedettes de la impugnación.*

SARTRE. Es una medida grotesca y vergonzosa. Se disuelven "aparatos" que ni

siquiera existen. Los miembros de los "grupúsculos" tan no son *vedettes*, que la opinión pública no conoce, fuera del de Cohn-Bendit, el nombre de ninguno de ellos. Son militantes que proseguirán su labor de información y de explicación, en la clandestinidad si es preciso. Por lo demás, el gobierno combate, como siempre, a los más débiles. Se expulsa a un puñado de extranjeros, entre ellos a dos pintores que vivían en Francia desde hacía diez años, y de los cuales uno es triunfador de la Bienal de Venecia. Lo mismo sucedió durante la guerra de Argelia, con los "121". La represión fue dirigida contra unos cuantos profesores y contra dos o tres desafortunados, a quienes durante tres años obstinadamente se había impedido actuar para la televisión, aunque, por su parte, los escritores medianamente conocidos nunca fueron molestados.

En suma, pues, es la política de la cobardía. Pero al mismo tiempo se lanza a la base un llamado al asesinato. Porque el llamado de De Gaulle a la creación de comités de acción es exactamente eso. Una manera de decir a la gente: agrúpanse en sus barrios para moler a golpes a quienes, en su concepto, expresen opiniones subversivas o tengan una conducta peligrosa para el gobierno. Esto ya ha ocurrido. Conozco por lo menos dos casos de personas que han sido golpeadas, en París, por grupos de antiguos soldados vestidos de civil o incluso con uniforme de camuflaje. ¿Y a quién se puso a la cabeza de estos comités de acción cívica? ¡A Roger Frey, el hombre que dejó asesinar a Ben Barka!

Este llamado al asesinato lanzado por el Presidente de la República no fue, por otra parte, una respuesta a la violencia de los estudiantes. El viejo sólo se enojó cuando su poder fue puesto en juego, políticamente, por Mitterrand y Mendés France. Hasta entonces había estado vagamente indulgente, sin comprender nada, esperando que las cosas se calmaran, persuadido de que iba a volver a dominarlas. Cuando la posibilidad de un relevo político se precisó, no por una guerra civil —ni Mitterrand ni Mendes France llamaban a ella— sino en el marco de las instituciones, fue cuando el general vio rojo y dijo a sus partidarios: "*Se acabaron las risas: ahora golpeen*".

"¡PEOR PARA ELLOS!"

- *Roger Priouret también evocaba en su artículo el peligro fascista. Minoría actuante frente a minoría actuante, escribía, quizá los "paras"* son los mejor situados para apoderarse del poder.*

SARTRE. Imaginemos que, los "paras" toman el poder. ¿Cómo echarán a andar la máquina económica? Porque evidentemente habrá una huelga general. ¿Irán a buscar a los obreros uno por uno a su domicilio, para llevarlos por la fuerza a la fábrica? Se puede lanzar a los soldados contra los obreros de una fábrica ocupada. Pero en este caso las fábricas estarán vacías. Se hará la huelga en casa, y los "paras" no podrán hacer nada. No lograrán ni siquiera que la tropa dispare sobre los obreros: los jóvenes soldados nunca lo harán.

Los que ahora agitan con la amenaza fascista lo hacen sólo para desmovilizar a la gente. El fascismo no se improvisa con tres regimientos de soldados. Es necesaria una sociedad como la de Grecia, donde los trabajadores están divididos y aislados, donde todas las empresas son controladas, donde la derecha, bien armada, se preparaba para el golpe de Estado desde hace años. O es necesaria una sociedad trabajada desde hace tiempo por un partido fascista, como lo fueron la Italia de Mussolini y la Alemania de

* "Paras" (*parachutistes*): grupo de oficiales de una marcada tendencia fascista, que estuvo en tomo a las fuerzas de paracaidistas (de aquí su nombre) en el último episodio de la guerra colonialista contra el pueblo argelino. [T.]

Hitler. Pero ya no se puede hacer de ahora en adelante un golpe de Estado fascista en un país como Francia. O si se hace dura quince días.

La "amenaza fascista" sólo sirve para aterrorizar a la gente, para hacerle aceptar la conservación del régimen en turno. De Gaulle ha hablado de "sociedad en mutación". Pero desde que está en el poder hace todo lo que puede para impedir esa mutación. Y comprende tan mal el carácter de la rebelión que acaba de producirse, que la explica únicamente por la vieja teoría de la imitación, del "contagio" de la violencia.

Desde hace cien años se expresa, en cada explosión popular, el mismo asombro: *"¡Cómo! ¿Un país feliz como éste, donde los estudiantes y los obreros disfrutaban de todas las libertades, donde el nivel de vida se eleva regularmente, donde la gente vota democráticamente, y de repente estos estudiantes, estos obreros, menospreciando su interés más claro, olvidando la dicha de vivir que tenían en la víspera, se encolerizan y rompen todo? ¡Es inexplicable!"* O por lo menos piensan que esto no puede explicarse más que por la agitación de algunos excitados, cuya fiebre, como una enfermedad, se transmite misteriosamente a los demás ciudadanos y provoca una explosión incontrolada de la masa. Para el gobierno, un movimiento "incontrolado" es aquel que no tiene fines ni sentido, .que sólo se dirige a la destrucción por la destrucción.

Claro que existen reivindicaciones "legítimas", por ejemplo los aumentos de salarios. Se suele otorgarlos de vez en cuando. Esta vez, sin embargo, los obreros pidieron un aumento excesivo que, en medio del pánico, se les acordó para aplacar su fiebre; y De Gaulle, con su soberbia, tuvo la desfachatez de decir francamente en la televisión —lo que incluso no era de su interés— que las ventajas obtenidas sólo eran "aparentes" ya que se las iba a anular en algunos meses con el alza de los precios. Tanto peor para los obreros: bien podían haber esperado calmadamente los aumentos de salarios "normales", previstos por el gobierno.

En cuanto a las reivindicaciones "ilegítimas" —cogestión, poder obrero, cambio de las estructuras de la sociedad—, no se quiere ni oír hablar de ellas porque reflejan simplemente una locura de la clase obrera, inconsciente de sus verdaderos intereses.

Lo que es necesario explicar a la gente es que la violencia "incontrolada" tiene un sentido, que no es la expresión de una voluntad de desorden sino de la aspiración a un orden diferente.

Tomemos el caso de los estudiantes, ya que son ellos los que desencadenaron el movimiento. ¿Qué es lo que quieren? Se responde: un "*poder estudiantil*". Esto no significa nada cuando no se intenta comprender su posición en la universidad y en la sociedad.

Su posición es completamente diferente de la nuestra hace treinta o cuarenta años. Cuando yo tenía veinte años, nosotros protestábamos ya contra el sistema de cursos *ex cathedra*. Pero éramos poco numerosos y nos teníamos por una *élite*. Éramos veinticinco en la Escuela Normal —una promoción—, teníamos una biblioteca maravillosa, turnos para trabajar, cuartos para dormir, un poco de dinero en la bolsa para divertirnos. Estimábamos que los libros eran mejores que los cursos —lo que era cierto— y nuestra manera de manifestarlo era simplemente no asistir a los cursos. Yo fui a la Sorbona sólo una vez en un año, cuando los estudiantes de derecha decidieron boicotear el curso de un profesor cuyas ideas no compartían. Ese día todos los normalistas se congregaron en la Sorbona, donde nunca ponían los pies.

Nosotros no nos sofocábamos porque éramos poco numerosos. Se trabajaba en común, con instrumentos perfectos. Yo preparé la maestría con Nizan, Maheu, Aron, Simone de Beauvoir. Se podía discutir con los profesores de la escuela y siempre había críticas; pero todo sucedía en una atmósfera de comodidad aristocrática.

UN SABER SIN VALOR

Ahora es completamente diferente. Los estudiantes se han vuelto tan numerosos que ya no pueden tener con los profesores las relaciones directas que, aunque difíciles ya, tuvimos nosotros. Hay muchos estudiantes que incluso no ven al profesor. Solamente escuchan, por medio de un altoparlante, a un personaje totalmente inhumano e inaccesible que les da un curso del que no comprenden cuál es el interés que puede tener para ellos. El profesor de facultad es casi siempre —y lo era también en mi tiempo— un señor que ha hecho una tesis y que la repite durante toda su vida. Es además alguien que posee un poder al que está atado ferozmente: el de imponer a la gente, en nombre de un saber que ha acumulado, sus propias ideas, sin que los que lo escuchan tengan el derecho de discutirlos. Ahora bien, un saber que no es constantemente criticado, sobrepasándose y reafirmando a partir de esta crítica, no tiene ningún valor. Cuando Aron, envejeciendo, repite indefinidamente a sus estudiantes las ideas de su tesis, escrita antes de la guerra de 1939, sin que los que lo escuchan puedan tener sobre él el menor control crítico, ejerce un poder real, pero que con seguridad no está fundado en un saber digno de este nombre.

¿Qué es el saber? Siempre es alguna cosa que ya no es lo que se creía, que ya no es adecuada porque se han realizado nuevas observaciones, nuevas experiencias, con mejores métodos y mejores instrumentos. Y luego estas nuevas experiencias son a su vez discutidas por otros sabios, unos retardatarios y otros más avanzados. Así es como pasa siempre. La teoría de Einstein nació de una reflexión sobre la experiencia de Michelson y Morley, que contradecía los postulados de la física de Newton. De allí surgió la relatividad einsteiniana, que a su vez fue discutida treinta años más tarde.

Pero se dirá que los estudiantes no pueden criticar útilmente la enseñanza de un profesor ya que, por definición, todavía no saben nada. En primer lugar, el que no sabe nada sabe siempre un poco más de lo que parece, como el esclavo a quien Sócrates hizo redescubrir un teorema de matemáticas. Y por otra parte, sobre todo, la cultura sólo puede transmitirse si se deja a la gente, en todo momento, la posibilidad de discutirla.

En este sentido ya he tenido dos experiencias muy significativas. Cuando era profesor en el liceo de Laon, tuve como alumnos a hijos de campesinos ricos para quienes un cuarto era un cuarto, una mesa una mesa, un taro un toro. No se podía hacerles salir de este buen sentido materialista. Entonces me dije que era necesario comenzar el año moviéndolos un poco y explicándoles el idealismo kantiano. Su resistencia fue feroz. La idea de que la realidad llamada exterior está constituida por la unidad interna de nuestra experiencia les era insoportable. Sin embargo, después de un mes de discusión, me dijeron: “¡Ya comprendimos!” Y me envenenaron la vida todo el resto del año porque, a todo lo que trataba de explicarles, me oponían a Kant: lo habían asimilado tan bien que volvían a él siempre.

Por el contrario, más tarde, en el liceo Pasteur, en París, realicé *ex cathedra*. Los alumnos no discutían nada. Que el universo sea una realidad exterior o una sucesión ligada de representaciones, que los niños deseen a su padre o a su madre, ¿por qué no? Todo esto era para ellos indiferente. Los periódicos y la radio los habían llenado de una falsa cultura. No discutían nada, y para el fin del año no sabían nada. La única manera de aprender es discutir. Es también la única manera de volverse un hombre. Un hombre no es nada si no es un ser que duda. Pero también debe ser fiel a alguna cosa. Un intelectual, para mí, es esto: alguien que es fiel a una realidad política y social, pero que no deja de ponerla en duda. Claro está que puede presentarse una contradicción entre su fidelidad y su duda; pero esto es algo positivo, es una contradicción fructífera. Si hay fidelidad pero no hay duda, la cosa no va bien: se deja de ser un hombre libre.

ISLOTES RIDÍCULOS

La universidad está hecha para formar hombres capaces de dudar. Dicho de otra manera, un hombre de cuarenta y cinco años debería saber que las ideas que se ha formado, después de haber discutido las de las gentes que lo instruyeron y ayudaron, serán discutidas a su vez, dentro de cinco años, por aquellos a quienes él mismo instruye y que le dirán: "*Ya no es así, es otra cosa*". Esto, en el fondo, es el primer signo del envejecimiento. Llega entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años. Pero si después de haber dicho lo que se tenía que decir se aprende a ponerse en duda con la ayuda de los otros, entonces uno puede prolongar un poco su edad madura, su vida útil.

Ahora bien, nosotros todavía tenemos actualmente en la Universidad esos islotes ridículos que son los cursos *ex cathedra*, hechos para señores que no se ponen en duda jamás. Estoy seguro de que Raymond Aron nunca ha dudado de sí mismo, y por eso, en mi opinión, es indigno de ser profesor. Evidentemente no es el único, pero me veo obligado a hablar de él, porque estos últimos días ha escrito mucho. Sobre todo esto: "*Es inconcebible que los estudiantes participen de una manera o de otra en la elección del profesor*". ¿Por qué? Porque el poder fundado sobre el saber debe, según Aron, transmitirse de profesor a profesor, de adulto a adulto. Debe ser conferido desde arriba, al igual que bajo el Antiguo Régimen eran los nobles y no los burgueses los que tenían el poder de ennoblecer a los otros.

Es normal, explica Aron, porque los estudiantes no saben nada: los estudiantes de primer año no pueden juzgar el curso de un señor a quien todavía no han escuchado. Quisiera que se preste atención a una cosa, y es que la mayoría de los profesores que en una facultad eligen a otro no pertenecen a la disciplina que éste enseña y no tienen ninguna idea del valor de su curso. Dicho esto, hay que añadir que los estudiantes de primer año no son los únicos que pueden pronunciarse sobre la elección de un profesor. Allí están los del segundo y del tercer año, que ya han escuchado su curso y que saben muy bien lo que piensan de él. Todos deben votar juntos.

Aron dice todavía: "*Es inconcebible que los estudiantes de una manera o de otra ejerzan la función de examinador*". ¿En nombre de qué? ¿Por qué los estudiantes de maestría no serían admitidos, dado el caso, para juzgar los conocimientos de los estudiantes de licenciatura? En efecto, en Europa se ha visto a menudo, durante los períodos de guerra o de revolución, cómo los estudiantes remplazan a los profesores que han sido muertos o que han tenido que huir.

UNA PRESA CONTRA HEGEL

Incluso si se trata de hacer participar en un jurado de exámenes a estudiantes del mismo nivel de aquellos cuyos conocimientos se verifican, la operación no tiene nada de absurdo; usted sabe cuál es la importancia que tienen en un examen el humor, las manías intelectuales y las obsesiones del profesor. Si se levantó por el mal lado, calificará con 2 y con 4 a gentes que habrían tenido un 10 en la tarde. Además, tiene sus opiniones. Me acuerdo de Gurvitch, por ejemplo: si usted no le recitaba su curso de sociología exactamente como él lo había construido, con el a), b), c)..., estaba reprobado. Otro ejemplo: Lachelier, que decía: "*Mientras yo sea presidente del jurado de maestría, quien hable de Hegel no se recibirá*". Y durante algunos años Lachelier efectivamente impidió a la filosofía de Hegel su ingreso en Francia, mientras ésta se difundía en Inglaterra y en Italia. De la misma manera, Brunschwig —nosotros escuchábamos sus cursos en la Sorbona porque lo encontrábamos más astuto que los otros— tampoco citó los nombres de Hegel y de Marx en sus dos primeros libros y

sólo consagró ocho páginas a Hegel en el tercero, siempre sin decir una palabra sobre Marx.

Eso es la enseñanza incontrolada e incontrolable que se nos daba entonces y que se nos da todavía ahora. Por eso los estudiantes, no sólo los del año de estudio en curso, sino también los del año siguiente, deben estar allí para, cuando haya necesidad, corregir un error o compensar un movimiento de humor, y que el profesor sepa que es juzgado al mismo tiempo que juzga. Todo depende de esto: si el que juzga no es juzgado, no hay verdadera libertad.

Tampoco la hay cuando —y es el caso actual— todos los exámenes se transforman en concursos. Es una simple cuestión de número. Desde el momento en que hay "demasiados" estudiantes y que se ha decidido no admitir más que cierto número, se está frente a un concurso. Si los estudiantes dijeran: "*Más exámenes*", significaría en realidad: "*Más concursos; más universidad que sirva para fabricar 5% de élite con 95% de residuos*". Ellos piden lo inverso: un sistema que permita al 100% de los ciudadanos cultivarse, sin que excluya por ello la posibilidad de especializarse, de volverse matemático o cardiólogo.

El sistema actual de selección es el que hay que suprimir. Y esto no es imposible, como lo prueban los progresos que se han logrado en la lucha contra una selección antes considerada como "natural": la de los niños retardados. Hace treinta años, cuando se tenía un niño retardado, se le enviaba a Ville-Evrard, o al campo; quedaba definitivamente fuera de concurso y no retrasaba más a los otros niños. Actualmente se han puesto al día las técnicas educativas que permiten reintegrar a la sociedad por lo menos a la mitad de los niños retardados. Y esto porque se ha cambiado de perspectiva. En vez de pensar en términos de *élite* y de decir al niño: "*Tú nunca formarás parte de nosotras, eres un pequeño salvaje*", se le dice: "*Tú eres un hombre, la cultura te pertenece, puedes trabajar con los demás*". Y cuando se le sabe ayudar, lo consigue.

En otro nivel, exactamente la misma revolución es la que debe hacerse en la Universidad. Es necesario que los profesores se den por tarea ya no la de seleccionar entre la masa de sus estudiantes a los que parezcan dignos de integrarse a una *élite*, sino la de hacer que toda la masa acceda a la cultura. Esto supone naturalmente otros métodos de enseñanza. Supone el que uno se interese en todos los estudiantes, que se trate de hacer comprender a todos, que se les escuche tanto como se les habla. Supone el que se deje de creer, como Aron, que el ejercicio de la inteligencia consiste en pensar a solas, frente al escritorio —y en pensar lo mismo durante más de treinta años. Supone sobre todo el que cada profesor acepte ser juzgado y criticado por aquellos a quienes enseña, el que se diga: "*Me ven completamente desnudo*". Será incómodo para él, pero es necesario que pase por ello si quiere volver a ser digno de enseñar. Ahora que toda Francia ha visto completamente desnudo a De Gaulle, es preciso que los estudiantes puedan mirar desnudo a Raymond Aron. Sólo se le devolverán sus vestidos si acepta la crítica.

IV

Mayo de 1968: Una nueva exigencia*

- *Ésta ha sido una semana de triunfos para los conservadores: casi todos los huelguistas volvieron al trabajo, la Sorbona, símbolo de la "anarquía estudiantil", fue ocupada por la policía, y los franceses, en la primera vuelta de las elecciones, acaban de votar en la mayor calma prácticamente por las mismas personas. Aparte de las ventajas materiales, no despreciables pero sin duda efímeras, obtenidas por los obreros, no parece quedar gran cosa del gran movimiento que sacudió a Francia durante un mes. ¿Es verdad esto? ¿No deja la "revolución de mayo", aunque fallida, por lo menos esbozados algunos elementos positivos?*

SARTRE. Hace unos días participé en la Ciudad Universitaria en un debate estudiantil sobre las transformaciones posibles de la Universidad, y uno de los estudiantes comenzó su intervención de esta manera: "Compañeros, hay que reconocer que nuestra acción de mayo ha sido un fracaso..." Hace quince días no se le hubiera ni siquiera permitido acabar su frase y hubiera tenido que salir entre chiflidos. Esta vez no hubo ni un grito ni una protesta: se le dejó continuar.

En efecto, de cierta manera el movimiento fracasó. Pero fracasó sólo para aquellos que creyeron que la revolución estaba al alcance de la mano, que los obreros iban a seguir a los estudiantes hasta el final, que la acción desatada en Nanterre y en la Sorbona iba a desembocar en un apocalipsis social y económico capaz de provocar no solamente la caída del régimen sino también la desintegración del sistema capitalista. Esto era un sueño que, por ejemplo, Cohn-Bendit nunca tuvo. Por el contrario, él decía: "La revolución no se hará en un día, y la unión de los estudiantes con los obreros no es algo inmediato. Sólo hemos dado un primer paso. Daremos otros".

LAS DOS DIMENSIONES DE LA LIBERTAD

Esto es algo que muchos jóvenes comprenden. Saben que no se consigue la caída de un régimen con cien mil estudiantes desarmados, por más valientes que sean; ellos fueron el detonador de un gran movimiento, lo serán tal vez de uno nuevo en el futuro, pero por ahora se trata de continuar la lucha bajo otras formas. La discusión de esa noche fue apasionante porque se refería a los medios de dar una prolongación positiva a la rebelión de mayo. Se presentaron dos puntos de vista. Los unos decían: "Hay que luchar para imponer una 'Universidad crítica', de autogestión, en la cual la relación profesor-alumno y la relación de todos con la cultura se transformen radicalmente". En el caso de los estudiantes de medicina, por ejemplo —ciertos grupos de estudiantes preparan ya proyectos precisos—, no se tratará de asimilar solamente una cierta cantidad de conocimientos, sino de plantear al mismo tiempo el problema de la relación médico-enfermo, de las relaciones de los médicos entre sí y, finalmente, de la función de la medicina en la sociedad. Los estudiantes se verán conducidos a redefinir ellos mismos la profesión que han escogido, a decidir si el médico es un tipo particular de técnico al servicio de una clase, o un hombre que pertenece a la masa y es llamado por ésta para curarla. Es obvio que la forma de la enseñanza y el contenido mismo del saber se modificarán por un cambio en la definición, y ya no será el mismo médico que hoy

* Tomado del número 189, correspondiente a la semana del 26 de junio al 2 de julio de 1968, de *Le Nouvel Observateur*. Entrevista de Serge Lafaurie.

conocemos el que llegará al final de sus estudios. Igualmente en las otras disciplinas: la adquisición del saber irá en todas partes acompañada de una reflexión crítica sobre la utilidad social de este saber, y la Universidad ya no fabricará hombres "unidimensionales" —los cuadros dóciles, probados y enajenados del sistema burgués— sino hombres que habrán reencontrado las dos dimensiones de la libertad: la inserción en la sociedad y el cuestionamiento crítico de esta sociedad.

A quienes proponen este ideal universitario los otros responden: "La universidad crítica no es realizable. Mirad la de Berlín: permanece al margen, aislada como un quiste en la sociedad alemana. ¿Y qué Estado capitalista aceptará financiar una universidad cuya meta declarada será la de demostrar que la cultura es anticapitalista? En vez de una universidad crítica, hagamos la crítica de la universidad. De esta Universidad que nos la van a reorganizar en los mismos términos que antes. No desertemos de ella sino continuemos en ella para hacer una crítica vigorosa —si es necesario por medio de la violencia— del saber que allí se nos imparte y de los métodos de enseñanza".

Estas dos actitudes, en mi opinión, no son irreconciliables. Me parece que bien podría haber en la Universidad "sectores críticos". No se podría impedir a los estudiantes de medicina, si ellos están resueltos, hacer un trabajo profundo acerca de lo que podría ser una verdadera medicina social; inclusive podrían obtener para ellos salas y arreglos en sus horarios de estudio. No será una "facultad crítica de medicina" pero habría en su seno un enclave donde se podría realizar una investigación positiva.

La posición que consiste en decir: "El gobierno no es interlocutor válido; estarnos decididos a rechazar todo lo que él proponga", me parece peligrosa porque entonces el gobierno puede responder: Si es así, entonces hago lo que quiero". Es mejor luchar para imponer reformas que resquebrajen un poco el edificio de la universidad burguesa, que debiliten el sistema entero, y servirse luego de ellas como trampolín para exigir más. Es la teoría del "reformismo revolucionario" de Gorz que permite mantener una evolución constante radicalizando cada vez más las exigencias.

Soy optimista en lo que respecta a la evolución de la universidad francesa —en oposición a quienes hablan ya de su "congolización"—, que es considerable y es superior a la que se puede observar en otros países, porque tengo mucha confianza en lo que harán juntos los estudiantes y el cuerpo de profesores. No veo qué pueda impedirles llegar a soluciones. Lo que los estudiantes exigen es conservar, bajo una forma u otra dentro de las estructuras conquistadas o concedidas, un poder de cuestionamiento crítico. Creo que un gran número de profesores aceptarían esta demanda. Así por ejemplo, la otra noche cuando estaba entre los estudiantes propuse una discusión sobre la "universidad crítica"; hice preguntas y se me respondió, yo respondí a mi vez, otros criticaron lo que dije, y todo ello sucedió tranquilamente, en un perfecto orden. Le aseguro que si esa discusión hubiese sido una clase y yo el profesor, habría estado encantado.

Yo no tenía ningún otro poder, por supuesto, más que aquel que se me otorgaba. Si se me hubiera dicho: "Salga", no hubiera tenido más que salir; mientras que en la vieja universidad hubiese sido yo el que podía hacer salir a los estudiantes. Por otro lado, sin embargo, el poder "acordado" de que yo disponía —el de un mediador que debe darse el trabajo de imponerse interesando a aquellos a quienes habla y haciéndose comprender por ellos— era infinitamente más satisfactorio que cualquier otro poder "de derecho". Me sentía mucho más "soberano" cuando obtenía silencio, que no lo hubiera sido haciendo un discurso de distribución de premios con el prefecto a mi izquierda y el director a mi derecha, ante estudiantes de bachillerato petrificados. Si le discuten a uno, aunque sea violentamente, pero también le escuchan, se puede estar mucho más

contento de uno mismo y de los estudiantes que si la atención no fuera más que un respeto fingido. Es mucho más estimulante.

ANTE TODO, APRENDER A CONOCERSE

Contrariamente a lo que se quiere hacer creer, los estudiantes no se oponen a que se les enseñe algo; lo que exigen es simplemente el derecho de discutir lo que se les enseña, de verificar si tiene un contenido, de asegurarse de que no se les está haciendo perder el tiempo. Usted no puede imaginar la cantidad de estupideces que se me enseñó cuando era estudiante...

- *El principal problema para los estudiantes, si no quieren que los resultados positivos de su movimiento queden limitados a la Universidad, es el de lograr un contacto directo con los trabajadores. Durante el mes de mayo ese contacto fue muy difícil. ¿Podrá ser más fructífero en las "universidades de verano"?*

SARTRE. Sobre este punto se habló mucho esa noche. Los unos decían: "Los estudiantes van a ponerse al servicio de los trabajadores para enseñarles los conocimientos que les permitan 'readaptarse' o ascender a una calificación profesional superior". Los otros: "Los estudiantes no tienen nada que enseñar a los trabajadores; tienen que aprender todo de ellos". En realidad es un error proponer un esquema previo y decidir quiénes enseñarán qué a quién. Como siempre, todos tienen algo que aprender de todos. En mi opinión, lo más importante de estas universidades de verano será el aprender a conocerse, porque si los estudiantes no saben casi nada de la vida de los obreros, lo contrario tampoco deja de ser cierto. El obrero cree todavía que el estudiante es un tipo que tiene el "humanismo" a su disposición, que comprende mejor ciertas cosas porque han explicado mejor y porque tienen tiempo para aprenderlas. Esto era verdad en mi época pero ya no lo es. El estudiante de hoy en día es u alguien a quien se atiborra, como se engorda a los gansos, de un saber bien orientado que debe darle capacidades bien delimitadas. E incluso esta falsa cultura no la recibe en lujo y ocio —muchos estudiantes llevan una vida muy difícil—, si no en angustia, porque nunca sabe si al cabo de algunos años no será despiadadamente eliminado por un proceso de selección destinado a extraer de la masa sólo una pequeña *élite* de cuadros. Cuando un obrero trata a un estudiante de "hijo de rico", la mayor parte de las veces es porque no lo comprende, porque no sabe de la manera en que vive.

Inversamente los estudiantes ignoran todo el trabajo manual, y tal vez no estaría mal que durante este verano haya, al mismo tiempo que cursos para obreros, (en las universidades) — si los obreros lo desean—, brigadas de estudiantes en las fábricas. Es algo que ya existe en países, como China y cuba, donde se ha comenzado a comprender lo que es el verdadero socialismo. De todas maneras, las gentes, salvo si provienen del mismo medio o si se sientan juntas a la mesa, nunca tienen nada que *decir*, lo único que pueden es *hacer* algo juntas. Cuando estuve prisionero durante la última guerra, me entendía admirablemente con los obreros y campesinos que estaban conmigo. Si hubiese ido a hablarles a sus fábricas o sus granjas, con mi lenguaje demasiado abstracto de intelectual, seguramente me hubiesen vuelto la espalda. En el campo de prisioneros hablábamos el mismo lenguaje porque teníamos que hacer las mismas cosas, que reaccionar juntos —no siempre de la misma manera, por supuesto— frente a los mismos acontecimientos. Creo que no habrá verdaderas relaciones entre estudiantes y

los obreros más que cuando trabajen juntos, tanto en las universidades como en las fábricas.

CASTRO Y LOS COMUNISTAS

- *Muchos comunistas, ortodoxos o no, piensan todavía que los obreros tienen razón en desconfiar de los estudiantes —cuyas reivindicaciones, dicen ellos, no tienen nada en común con las suyas— y en no seguirles en su “aventurerismo pequeñoburgués”.*

SARTRE. En efecto, el otro día en la Ciudad Universitaria un comunista llegó a decir: “El movimiento estudiantil nos es revolucionario porque; primero, no tiene una ideología revolucionaria; segundo, no llegó ni siquiera a perturbar al régimen; tercero, tenía un carácter anárquico debido a que la burguesía que se revela produce siempre anarquía; cuarto, solamente los obreros pueden hacer la revolución debido a que ellos realizan la producción”.

Estas palabras fueron recibidas con chiflidos, el pobre apenas podía hacerse entender, pero era necesario responderle. Yo dije lo siguiente: si es necesario tener una ideología revolucionaria para hacer la revolución, entonces solo el Partido Comunista cubano podía hacerla, y no Castro. Sin embargo, el Partido Comunista cubano no sólo no hizo la revolución sino que rehusó unirse a la huelga general llevada a cabo por los estudiantes y la resistencia urbana. Lo que hay de admirable en el caso de Castro es que la teoría nació de la experiencia en lugar de precederla. Reléase el discurso pronunciado por Castro ante el tribunal que lo juzgaba después del ataque fallido contra el cuartel Moncada; se encuentra en él una voluntad democrática de echar abajo a Batista por ser un dictador, se encuentran ideas de reformas sociales todavía bastante vagas, pero no hay en él ninguna "estructura ideológica". En la guerra, en contacto con los campesinos, es donde se formó la doctrina revolucionaria de Castro. Más tarde, sintiendo tal vez que a su movimiento le hacían falta bases teóricas, se acercó a los comunistas. Mas cuando vio lo cerrado de los dogmas que querían imponerle, los errores que le hacían cometer, volvió a tomar su independencia y, de golpe, su ideología se profundizó.

UNA ETIQUETA ENVENENADA

Traspongamos: nada indica que quienes comienzan una revolución en Francia, para triunfar, deban tener ya una doctrina acabada. Por el contrario, si los estudiantes fracasaron es en parte porque el Partido Comunista francés, con su concepción cerrada del marxismo y sus respuestas listas para todo —sacadas de tal o cual texto de Lenin—, frenó su movimiento.

Esto no quiere decir que los jóvenes revolucionarios no tengan doctrinas —las tienen, y muchas y muy diferentes, aunque todos se pretenden más o menos marxistas—, sino que están dispuestos a someter sus ideas a la prueba de la acción. Y todos parecen estar de acuerdo en la idea muy importante del "doble poder" que Cohn-Bendit lanzó diciendo: "Sólo podremos ganar si se crea un segundo poder frente a De Gaulle, y este poder sólo podrá basarse en la unión de los estudiantes con los trabajadores". ¿Qué esto no tuvo éxito esta vez? Ciertamente no es a los estudiantes a quienes hay que reprochárselo.

Tercer punto de la argumentación comunista: el movimiento estudiantil es anarquista porque representa una rebelión burguesa. ¡Muy bien! ¿Cómo explicar

entonces la rebelión de los estudiantes checoslovacos y yugoslavos que nacieron en un régimen socialista y de los cuales más de la mitad son hijos de obreros y campesinos? ¿Qué reclaman estos hijos de trabajadores? Lo mismo, grosso modo, que los estudiantes franceses, es decir, la libertad de crítica y la autodeterminación. Calificar de "anarquistas" a quienes reclaman, contra los burócratas stalinistas y los tecnócratas de la sociedad de consumo, que los hombres dejen de ser productos u objetos y se vuelvan verdaderos amos de su destino significa pegar una etiqueta envenenada a un movimiento al que se quiere hacer daño porque es nuevo, porque es auténticamente revolucionario, porque amenaza los viejos aparatos. Lo que reclaman los jóvenes revolucionarios, burgueses o no, no es la anarquía, sino precisamente la democracia, una democracia socialista, que no ha triunfado todavía en ninguna parte.

Finalmente, su último argumento: solamente los obreros pueden hacer la revolución. Mi respuesta es que no existe un solo estudiante politizado que haya expresado jamás una opinión diferente. Ellos no se han cansado de repetir: "Nosotros podemos ser el detonador, pero la revolución sólo la hará la unión de las clases trabajadoras, de los obreros y los campesinos". Mas para que los estudiantes puedan ser el detonador, es necesario que haya una convergencia de sus reivindicaciones con las de los trabajadores. Los comunistas niegan esta convergencia; afirman que los estudiantes de hoy en día, por ser hijos de burgueses —y lo son, en efecto, en un 90 por ciento—, solamente pueden expresar los mismos intereses de clase que sus padres.

Sostener esto es dar pruebas de un marxismo estrecho y mecanicista. Marx dijo algo muy diferente cuando explicaba que los teóricos provenientes de la burguesía pueden volverse aliados de la clase proletaria debido a que también sus problemas, en cuanto hombres de cultura, científicos, profesionales, son problemas de enajenación. Esto era verdad ya en la época de Marx. Y lo es aún más en la actualidad, cuando los estudiantes descubren que son tratados como objetos durante sus años de estudio para ser tratados igualmente como objetos una vez que se han convertido en cuadros especializados. Los estudiantes comprenden que se les roba en su trabajo así como se les roba a los obreros en el suyo, aunque de manera diferente. Por esta razón, los estudiantes y los obreros están hoy mucho más cerca unos de otros que en épocas anteriores.

"TODOS SON UNOS PERROS"

- *Hay algo completamente nuevo en la crisis de mayo: el movimiento no nació, como ha sucedido siempre en el pasado, de una grave crisis económica, social o política, sino de una reivindicación profunda, de carácter "libertario", en la cual se insertaron posteriormente las reivindicaciones materiales.*

SARTRE. En efecto, el viejo motor de las revoluciones, la necesidad pura, acaba de ser remplazado por una exigencia nueva, la de libertad. Hubo una época en que el problema era ante todo el de la apropiación colectiva de los medios de producción; era así porque la propiedad y la dirección de la empresa se confundían en un todo. Es el período que va desde el nacimiento del capitalismo familiar hasta la aparición de las sociedades anónimas y de los monopolios. Las grandes doctrinas socialistas fueron creadas en el primero de estos momentos. Todas ellas se basaban en la necesidad que había de poseer para poder dirigir.

En la actualidad, la clase media se ha transformado por el hecho de que puede dirigir sin necesidad de poseer. Es el reino de la tecnocracia: con la condición de percibir sus dividendos, los propietarios delegan en especialistas, en cuadros competentes, el cuidado de dirigir las empresas. Por la misma razón, las reivindicaciones cambian de

carácter: ya no es el problema de la propiedad lo que está en un primer plano —por supuesto que se lo volverá a encontrar más tarde, pues sigue siendo fundamental—, sino el problema del poder. En la sociedad de consumo, la exigencia ya no es ante todo la de poseer, sino la de participar en las decisiones, la de controlar.

Lo que reprocho a quienes insultaron a los estudiantes es el no haber visto que éstos expresaban una nueva exigencia: la de soberanía. En la democracia, todos los hombres deben ser soberanos, es decir, deben poder decidir lo que hacen, no solos, cada uno en su rincón, sino juntos. En los países occidentales, esta soberanía sólo existe sobre el papel: todos los norteamericanos, incluidos los negros, son soberanos porque tienen el derecho de elegir sus representantes. Pero es una soberanía de la que se les priva de hecho; por esta razón se presenta la reivindicación de un "poder": poder negro, poder estudiantil, poder obrero.

Lo mismo sucede en muchos de los países socialistas, donde los individuos siguen sometidos a las necesidades de la producción. Recuerdo un cartel de propaganda que podía verse por todas partes en Polonia después del retomo de Gomulka al poder, en 1956, y que proclamaba: "La tuberculosis frena la producción". Denotaba una buena intención, pues quería decir: "Protejamos nuestra salud". Pero su formulación era reveladora. Lo que preocupaba era un objeto —la tuberculosis— y la producción de objetos. El tuberculoso y el productor —que constituyen la relación entre la tuberculosis y la producción— no existían. La rebelión de los estudiantes y de los jóvenes obreros polacos, checoslovacos, yugoslavos, franceses, alemanes —que viven en regímenes muy diferentes es precisamente en contra de esta deshumanización. No se conforman con una existencia derivada del objeto que producen o del papel que tienen que representar; quieren decidir ellos mismos la función que van a cumplir en la sociedad, lo que van a producir, la utilización de sus productos.

Los estudiantes son los primeros en sentir y en formular esta exigencia; y pese a todo, sus contactos con los jóvenes obreros son suficientes como para que éstos se digan: "¿Y nosotros por qué no?". Si ellos rechazan el tipo de vida que recibe, "¿por qué no vamos a reclamar el que nos dan a nosotros?" Me parece —estoy convencido de ello— que la novedad más importante de todo lo que sucedió en mayo fue este rechazo de la condición proletaria por parte de los jóvenes.

- *Usted mencionó la revolución cubana. Algo que la facilitó fue el hecho de que Batista era un tirano ante los ojos de todo el pueblo cubano. Éste no es el caso en lo que respecta a De Gaulle. El carácter opresivo del régimen degaullista se presenta de manera muy desigual; desde hace diez años siempre ha habido una parte de la clase obrera que ha votado por él.*

SARTRE. Así es. Batista llegó al poder cuando los norteamericanos decidieron, por razones de política interior, reducir considerablemente sus compras de azúcar cubano. Fue una catástrofe para la economía cubana y significó la ruina de innumerables empresas pequeñas. Para proteger a los propietarios de las grandes plantaciones, y para mantener el orden, era necesaria una dictadura.

En una sociedad en que no existe una crisis económica de este tipo se encuentra siempre mucha gente, en todas las clases, que prefiere la permanencia del régimen imperante, y cuyo nivel de conciencia política permanece muy bajo. No se le puede pedir a un pequeño comerciante, dados sus intereses y su tipo de cultura, que abandone su confianza en De Gaulle. Él cree que De Gaulle defiende a las pequeñas empresas en contra de las grandes que quisieran devorarlas. Esto es falso: en realidad, De Gaulle favorece la concentración del capital, y son los grandes empresarios los que han estado siempre interesados en

mantener un sector de pequeñas empresas para tener siempre una posibilidad de malthusianismo y poder sostener sus precios aduciendo "que no desean arruinar a los más pequeños". Pero el pequeño comerciante no puede darse cuenta de este mecanismo. Para él, De Gaulle sigue siendo un escudo en contra de los monopolios.

Para los obreros, la cosa es diferente. Entre ellos ha habido siempre, después de 1848 y las masacres que siguieron a la Comuna, una cierta indiferencia por la política, que descansa en la idea de que en ella "todos son unos perros". Los obreros ni siquiera protestaron cuando Napoleón III subió al poder; muchos votaron por él en el plebiscito de 1852. ¿Por qué? Porque los republicanos que les invitaban a votar en contra del príncipe-presidente eran los mismos que tres años antes los habían masacrado. A partir de entonces, la política ha sido para muchos obreros un mundo aparte que no les concierne para nada. Todo el anarcosindicalismo de comienzos de siglo nació de esta actitud y ha dejado huellas profundas en la mentalidad obrera.

No debe confundirse al burgués, que vota por De Gaulle porque ve en él a su protector, con el obrero que habla de "De Gaulle, el padre", le da su voto por odio a la "cocina" de los partidos —de todos— y se burla de la política. El universo del obrero es el trabajo. El día en que deba ir a la huelga general, lo hará pero con sus propios líderes, es decir, con los dirigentes sindicales. Si ello conduce a la caída del régimen, tanto mejor. Mientras tanto, el juego político no le interesa.

- *Se dice que De Gaulle tiene la intención —si las elecciones legislativas le resultan triunfales— de organizar para dentro de unos meses una elección presidencial a la que él no se presentaría. Que habría decidido retirarse, pero no a la Louis-Philippe* —como hubiera sido el caso hace tres semanas.*

SARTRE. En efecto, si sus candidatos obtienen el 80 por ciento de los votos, De Gaulle será como Sulla** diciendo a su pueblo: "Ahora, una vez que os he colmado de bienes, puedo retirarme". Pero si la mayoría degaullista sólo es del 53 o el 55 por ciento, el retiro de De Gaulle será de todas maneras *à la Louis-Philippe*, aunque lo demore tres meses para guardar las apariencias.

Pero, salga o no De Gaulle, lo importante es preservar todo lo que sea posible del gran movimiento de mayo. El Che Guevara solía decir: "Cuando lo extraordinario se apodera de las calles, es la revolución". Lo que tuvimos en mayo no fue la revolución; pero sucedieron cosas extraordinarias y debemos tratar de defenderlas.

Hay que impedir el aplastamiento, previsto por el poder, de todo lo que se comenzó en el mes de mayo. La represión va a ser disimulada pero dura: se intentará aislar, cansar y eliminar a quienes estuvieron en el origen de la rebelión, en particular a los estudiantes. Es necesario que los estudiantes no lleguen a sentirse solos, que todos estemos decididos a ayudarlos, a defenderlos.

* Luis Felipe, duque de Orleans (1773-1850), monarca francés que fue obligado por la revolución de febrero de 1848 a abdicar y a huir de Francia. [T.]

** Sulla, Lucius Cornelius (139-78 AC), cónsul y dictador romano que se vio obligado a devolver sus funciones al Senado romano. [T.]

V

La acción común: único puente entre intelectuales y proletarios*

- *A fines de mayo, el Estado degaullista parecía encaminarse a su desintegración. A principios de julio, su poder parece más fuerte que nunca. Los degaullistas recibieron 116 bancas más en las elecciones parlamentarias. ¿Cómo explica usted este cambio sorprendente? ¿Hay que achacárselo a la izquierda por no haber estado a la altura de la responsabilidad que tenía?*

SARTRE. Ello depende de la izquierda de que se hable. Si se trata de los partidos, grupos y hombres que representan la izquierda "política", la respuesta es: Si, no supieron cumplir su tarea.

Pero hay además otra izquierda, a la que yo llamaría izquierda "social", y que se la pudo observar, en mayo, en las fábricas en huelga, en las facultades ocupadas y en las demostraciones callejeras. Esta izquierda cumplió su tarea a cabalidad: fue tan lejos como pudo y sólo fue vencida al final porque sus "representantes" la engañaron.

- *¿Fue esto una sorpresa para usted?*

SARTRE. No, porque no es nada nuevo. Desde mediados del siglo pasado se mantiene en Francia una diferencia esencial entre la realidad social y su forma política de expresión. Son dos representaciones del país que coexisten sin asimilarse: la una procede del resultado de las elecciones; la otra, que tiene raíces mucho más profundas, aflora solamente como un relámpago en los movimientos populares espontáneos. La constante falta de concordancia de estas dos representaciones pudo observarse en 1936, en el momento del Frente Popular; en esa ocasión, los obreros tuvieron que "inventar" las ocupaciones de fábricas y que desatar un movimiento huelguístico sin precedentes para lograr que el movimiento político adquiriese forma. Este impuso al parlamento una fuerte mayoría de izquierda. El primer ministro de entonces, el socialista Léon Blum, llevado al poder por este movimiento de masas, hizo todo lo posible por frenarlo.

- *¿Es decir, ya el famoso Frente Popular de 1936 fue en definitiva un mal ejemplo?*

SARTRE. En 1936 se produjo por lo menos una correspondencia entre el voto de los electores y la acción. Pero es posible también —y es lo que acabamos de ver en Francia— que esta correspondencia no exista. Esto se debe a que los trabajadores y los miembros de los estratos medios sólo pueden tomar una actitud radical durante la acción.

Cuando se comete el error o se tiene la "astucia" de reducir el movimiento de estos grupos a una elección entre los aparatos políticos, es posible que condenen en las urnas lo que ellos mismos acaban de hacer en las calles.

A esta Francia que intentó en mayo reencontrar su "representación social", por detrás de todas las mentiras que se le han interpuesto, que acababa de inventar algo nuevo y que se volvía consciente de sí misma, mediante la resistencia directa a la violencia policial del poder estatal, se le volvió a imponer de repente su vieja "representación política".

- *Usted se refiere a la del Partido Comunista, de la Federación de Izquierda, del Partido Socialista Unificado, y a la de sus luchas políticas.*

* Tomado del número 29, del 15 de julio de 1968, de *Der Spiegel*. Entrevista realizada por Georg Wolff y Dieter Wild.

SARTRE: Sí, se trata de métodos en un estado tal de petrificación, que los candidatos de la izquierda no se tomaron el trabajo de cambiar ni siquiera una palabra en los discursos que vienen pronunciando desde hace diez años.

En la derecha política hubo uno o dos candidatos dispuestos a reconocer "que algo ha sucedido y que habría que tenerlo en cuenta". En la izquierda se hizo como si el movimiento de mayo no hubiera existido. En ambos casos, de lo que se trataba era de hacer que este movimiento fuese olvidado lo más pronto posible.

Pude observar un cartel comunista en el que se llegó a escribir esta frase increíble: Votad por el Partido Comunista que ha hecho esto y lo otro, y "*que ha impedido la guerra civil*". Verse obligado a reconocer esto significa entrar en el terreno de lo fantástico.

- *En muchas ocasiones pasadas usted expresó sus reservas frente a la política del Partido Comunista; sin embargo, siempre lo consideró como el partido revolucionario de la clase obrera. ¿Los acontecimientos de mayo han hecho que cambie de punto de vista?*

SARTRE. En mi opinión, durante esta crisis, el Partido Comunista tomó una posición que no tuvo nada de revolucionaria y que no llegó a ser ni siquiera reformista.

En primer lugar, el Partido Comunista y la CGT (sindicato de los comunistas) hicieron todo lo posible por reducir las exigencias de la clase obrera a simples "peticiones salariales"; éstas, indudablemente justificadas, les sirvieron para llevar a la clase obrera a desistir de sus exigencias de transformación de las estructuras sociales. En segundo lugar, siguieron inmediatamente las huellas de De Gaulle cuando éste comenzó a hablar de elecciones parlamentarias; el secretario general del Partido Comunista, Waldeck Rochet, se apresuró a declarar: "Nosotros nunca hemos exigido otra cosa".

De esta manera, el Partido Comunista entró en complicidad objetiva con De Gaulle: los dos se prestaban un servicio mutuo al reclamar elecciones parlamentarias.

Es verdad que De Gaulle puso al Partido Comunista como enemigo principal cuando lo acusó, de manera voluntariamente falsa, de ser la organización responsable de "los disturbios de mayo". Pero ésta era también una forma de crear para los comunistas una especie de prestigio. De Gaulle tenía interés en presentar a los comunistas como los principales instigadores de la rebelión porque éstos se empeñaban en aparecer como opositores "leales", dispuestos a respetar las reglas del juego, es decir, como opositores de menor peligro.

- *¿Está usted de acuerdo con la opinión que acusa al Partido Comunista francés de haberse comportado en esta situación como un movimiento socialdemócrata?*

SARTRE. Considero que es necesario abandonar las etiquetas y los juicios simplistas. Afirmar que el Partido Comunista "se ha vuelto un partido social-demócrata" no contribuye en nada a la comprensión de su posición política. Es mejor intentar buscar una explicación para el hecho de que los comunistas hayan estado de acuerdo con las elecciones, a sabiendas de que con ellas se encaminaban a una derrota, una derrota cuya gravedad tal vez no esperaban, pero de la cual estaban completamente seguros.

En mi opinión, los comunistas se sometieron a las elecciones porque no estaban dispuestos, bajo ningún concepto, a tomar el poder; y esto por dos razones.

La primera razón es que la izquierda no hubiera estado en capacidad de mantener las promesas que los trabajadores habían arrancado a los empresarios y al gobierno. La

izquierda no estaba preparada para ello, y el Partido Comunista no quería cargar con la responsabilidad de las elevaciones de precios, de la devaluación o de la crisis del comercio exterior que se presentarán ineludiblemente en los próximos meses: ¡que los degaullistas salgan por sí mismos del apuro!

Mas si estas catástrofes económicas nos amenazan, es precisamente porque los empresarios desean mantener el sistema de la plusvalía. ¿Por qué razón un gobierno socialista o comunista no debe intentar una política económica completamente distinta? ¿Por qué razón un gobierno de este tipo no debe realizar una verdadera revolución?

Así llegamos al segundo motivo de la negativa de los comunistas a tomar el poder: desde hace cuarenta años han venido perfeccionando la teoría de la revolución en países subdesarrollados, pero nunca se han ocupado de la revolución en países industriales "adelantados".

En un país industrial altamente desarrollado el nivel de vida es relativamente alto pero la economía es muy frágil. Se basa en una organización técnica tan intrincada, que el mal funcionamiento de algunos elementos puede bastar para paralizar el aparato entero. Esta economía depende también de la red de relaciones comerciales con el exterior.

En la mayoría de los países "adelantados" la agricultura nacional no abastece ya a la población de todos los productos agrícolas que ésta necesita. El intercambio con el exterior es de importancia esencial. Ya no existe la posibilidad de una independencia absoluta. Ya no es posible —como lo hizo la Unión Soviética en sus primeros años— cerrar las fronteras, alimentar a la población urbana con el producto de los campesinos y ponerse a meditar sobre los problemas del "socialismo en un solo país".

La revolución en Francia no se realizará nunca de la forma en que tuvo lugar en la Rusia de 1917. Lo que no quiere decir que la revolución en Francia sea imposible. Todo depende de que se encuentren nuevas formas de lucha y de que se investigue cómo podría estar compuesta la organización de un poder estatal revolucionario en la sociedad neocapitalista o "de consumo", como se ha dado en llamarla.

- *¿A qué se debe el que no se haya emprendido una investigación en este sentido?*

SARTRE. Se debe a que, a partir de 1945, los partidos comunistas de Occidente, y particularmente el Partido Comunista francés, fueron amaestrados por el stalinismo para que no se dirijan hacia la toma del poder.

El mundo fue dividido en Yalta, y la división era buena, y los soviéticos prefirieron atenerse al tratado que habían firmado. La tarea de los comunistas occidentales consistía en no ir "demasiado lejos".

Todos los comunistas que intentaron, dentro del PC aprovechar las ventajas adquiridas gracias a la admirable acción comunista durante la guerra, todos los comunistas que intentaron crear formas de lucha más revolucionarias, todos los comunistas que llamaron a los obreros a mostrar mayor decisión de lucha, todos ellos fueron llamados al orden por el Partido, condenados a guardar silencio o expulsados. Lo fueron porque el objetivo del Partido no era hacer la revolución.

- *Usted habla de la influencia de la Rusia stalinista sobre la actitud del Partido Comunista francés. Pero la influencia de los sucesores de Stalin no fue menor. También después de Stalin el Partido Comunista se ha referido, por ejemplo, al "aspecto progresista" de la política exterior del general De Gaulle.*

SARTRE. Así es. No cabe duda de que fue desagradable para los soviéticos la virulencia con que De Gaulle atacó al Partido Comunista; pero es seguro que fue un alivio para ellos saber que, después de todo, De Gaulle permanecía en el poder.

En relación con esto es conveniente hacer frente a una ambigüedad: es cierto que la política exterior de De Gaulle favorece, por lo menos aparentemente, a los estados socialistas y al Tercer Mundo. Pero se trata de una actitud puramente verbal.

No estoy en contra de lo que dice De Gaulle, por ejemplo, acerca del imperialismo norteamericano. De lo que lo acuso es de no haber puesto a Francia en condiciones que la capaciten para llevar a cabo la política de independencia que él preconiza.

Es cierto que los órganos directivos de la NATO ya no se encuentran en Francia; pero Francia continúa en el seno de la Alianza del Atlántico. El gobierno francés declara la guerra al dólar pero las inversiones norteamericanas en Francia siguen en aumento, y, como todo el mundo lo sabe, precisamente en las industrias claves, como la electrónica, cuya importancia es decisiva para la edificación de nuestra economía.

- *¿Es decir, que la política exterior "progresista" de De Gaulle es únicamente fachada?*

SARTRE. Así es, y esto debería decirlo el Partido Comunista. Si no lo dice, es porque él mismo carece de una política exterior y prefiere dejarse llevar por la que sigue la Unión Soviética.

Y es perfectamente comprensible que la Unión Soviética, sin necesidad de hacerse ilusiones acerca de una política exterior "progresista" de De Gaulle, prefiera que en Francia permanezca en el poder un general salido de la burguesía: la actitud de éste es en definitiva útil para la política que ella sigue. Frente a un Waldeck Rochet, le es preferible el General. Un comunista chocaría contra una resistencia mayor si quisiera llevar a cabo una política exterior favorable para los intereses del gobierno soviético.

- *Tal vez el Partido Comunista francés no pudo comportarse de otra manera durante la crisis de mayo debido a que los trabajadores han dejado de ser revolucionarios. Los trabajadores estaban dispuestos a ir a la huelga por cuestiones de orden laboral; no estaban dispuestos a seguir a los estudiantes en su ataque total contra el orden social.*

En esto pueden reconocerse las ideas de Herbert Marcuse acerca de la creciente Integración de la clase obrera en la sociedad de consumo. Marcuse habla de una "confortable falta de libertad". Opina que el impulso revolucionario sólo puede partir de los estratos marginales de la sociedad: de los estudiantes, de los desocupados, de las minorías sociales como los negros de Estados Unidos. ¿Comparte usted esta opinión?

SARTRE. Sobre este aspecto no estoy completamente de acuerdo con Marcuse. En primer lugar, hay que definir lo que debe entenderse por "movimiento revolucionario". Antes que nada, se trata, por supuesto, de un movimiento en el cual ciertos hombres tienen en común si no una ideología, por lo menos la voluntad de romper con el sistema en que viven. Se trata además de una conciencia de la necesidad de encontrar nuevas formas de lucha y de resistencia contra la violencia. Mas esto supone también que este movimiento tiene la posibilidad, por lo menos en teoría, de llevar a cabo la revolución.

En Francia hay 700 000 estudiantes. No veo qué posibilidad pueden tener de arrancar el poder de manos de la burguesía —de sus padres—, si los trabajadores no se unen a ellos.

- *Pero los estudiantes pueden ser el detonador.*

SARTRE. Y lo acaban de ser. Pero eso es todo, y ellos son los primeros en ser conscientes de esto.

Mas para tener perspectivas de llevar a cabo la revolución es necesario estar en

capacidad de oponer un contrapoder al poder existente. Frente al aparato de represión de las clases poseedoras, al gobierno y al ejército, el único contrapoder que puede alcanzar eficacia es el de los productores, el de los trabajadores.

El arma de los trabajadores —alma única, pera absoluta— consiste en negarse a abastecer a la sociedad de los productos necesarios. Sirviéndose de ella pueden paralizar todo el sistema.

- *Arma absoluta —pero sólo en caso de que estén decididos a hacer uso de ella.*

SARTRE. Así es, la ruptura sólo puede tener lugar cuando los productores entran en la lucha. Afirman que la clase proletaria, la única productiva, ha sido superada como fuerza revolucionaria en la "sociedad de consumo" significaría negar que este orden social pueda llegar a una revolución.

Marcuse llega a esta conclusión, lo sé. Pero creo que esta conclusión ha sido refutada por los acontecimientos de Francia. Después de todo, no hay que olvidar que los estudiantes no fueron los únicos. Diez millones de huelguistas los siguieron. No desde el primer día —es cierto— ni tampoco hasta el final, pero sí con bastante rapidez y lo bastante lejos como para llenar de asombro incluso a los mismos trabajadores.

Sin haberse puesto de acuerdo entre sí, fueron atraídos al seno de un movimiento que, espontáneamente, se volvía cada vez más radical y que desembocó finalmente en una nueva exigencia: de dignidad, soberanía y poder.

Los trabajadores se lanzaron a la lucha con un sentimiento totalmente nuevo de libertad, pero no siempre comprendiendo lo que les sucedía. La prueba está en que, cuando se les dio la palabra, cuando se les llamó a que entregaran su voto, muchos de ellos se decidieron por De Gaulle.

Aquí volvemos a encontrar la diferencia que mencionaba hace un momento: entre una sociedad política completamente tranquila, restaurada después de las elecciones, y una realidad social de violencia, que se hizo presente en mayo.

Todo estaba claro durante la acción. Pero cuando se les pidió a los trabajadores que expresaran sus deseos en un solo nombre, su respuesta fue: "De Gaulle".

Es un fenómeno conocido. Lo importante es que tuvo lugar una acción que todos habían creído imposible; y que, si tuvo lugar en esta ocasión, bien puede repetirse en el futuro. Esto resta fuerzas al pesimismo revolucionario de Marcuse.

- *En Alemania, sin embargo, no existe ningún lazo entre las "minorías en acción", principalmente los estudiantes, y las masas trabajadoras. La mayoría de los trabajadores mantiene una actitud hostil ante el movimiento socialista-revolucionario de los estudiantes. Tampoco en Francia parece que esta unión puede ser alcanzada fácilmente.*

SARTRE. Así es. No puede decirse que la masa de los trabajadores franceses demostró simpatía por el movimiento estudiantil. Lo que sucedió fue algo mucho más complicado.

En un principio, los estudiantes fueron solos a la lucha. Entonces tuvo lugar la gran demostración del 13 de mayo, desde la Place de la République hasta la Place Denfert-Rochereau, en la que participaron las organizaciones obreras. Los obreros se encontraban fuertemente controlados por la CGT, sindicato de orientación comunista. La CGT deseaba limitar los contactos entre obreros y estudiantes, y dio rápidamente el orden de disolver la demostración.

Sin embargo, algunos contactos pudieron establecerse. Esa misma noche, estudiantes y jóvenes obreros se reunieron en el Champ de Mars para discutir entre sí. Pero no hablaban el mismo lenguaje y ambos bandos se miraban sorprendidos, sin

comprenderse mutuamente.

- *Un fracaso, entonces.*

SARTRE. Pero ¿qué sucedió a continuación? Uno o dos días más tarde fueron jóvenes obreros quienes ocuparon las fábricas y desataron un movimiento huelguístico que se extendió por todo el país. Lo hicieron por su propia cuenta, sin conexión consciente con los estudiantes.

Lo que está claro es que el origen de esta acción fue la demostración común. Los estudiantes fueron los iniciadores de un movimiento que después se extendió sin su intervención. La CGT volvió al ataque: interfirió por todas partes el intercambio de ideas entre estudiantes y obreros. No hacía sino seguir la política del Partido Comunista consistente en separar a los intelectuales de los trabajadores: se establecen células en la Sorbona, en los barrios obreros y en las fábricas, pero nunca células que reúnan a los trabajadores con los estudiantes.

De cualquier modo era muy difícil el intercambio de ideas a nivel de discusión: personas que no provienen de un mismo estrato social nunca tienen qué decirse; lo que sí pueden en común es hacer algo. Así explica que las únicas relaciones positivas creadas en mayo hayan sido en los "comités de acción revolucionaria" que surgieron en numerosos lugares.

Estos comités tenían como tarea no la de discutir, sino la de actuar. Se pusieron a disposición de los obreros en huelga; les proveían de lo que necesitaban, alimentos por ejemplo. Participaron como centinelas de huelgas en las puertas de las fábricas. Sólo allí pudieron desarrollar las discusiones: debido a que una acción en común había tenido lugar anteriormente.

Pero ahora las huelgas han terminado, y ya no existe ninguna conexión general entre el movimiento estudiantil y los trabajadores. Sin embargo, de ninguna manera considero que lo que se desarrolló en mayo representase un fracaso. Se mantienen las relaciones que surgieron en el seno de los comités de acción. Conozco mucha gente joven que sigue reuniéndose con los obreros o los empleados con quienes participó en la lucha del movimiento huelguístico.

No cayó el muro que separa a los intelectuales de los proletarios, pero se logró la prueba de que puede ser derribado mediante una acción común.

- *Lo que llama especialmente la atención en el movimiento francés de mayo es su carácter "libertario anarquista". ¿Cree usted que este carácter puede reconocerse también en los movimientos de otros países? ¿Y que es posible hablar de una rebelión en contra de toda la civilización moderna, tanto en los países capitalistas como en los socialistas?*

SARTRE. No creo que haya cómo generalizar este concepto de un "movimiento libertario anarquista". Me parece que corresponde al Occidente y en especial a Francia, donde se basa en una fuerte tradición anarquista.

No es posible poner en el mismo plano el orden social de los países socialistas —a los que yo calificaría de "sociedades de producción"— y al de nuestra sociedad occidental "de consumo". Los problemas de estos dos tipos de países no son los mismos, y, consecuentemente, la lucha de sus proletariados adquiere también formas distintas.

Sin embargo, estos dos tipos diferentes de sociedad tienen algo en común: en ninguno de ellos "existe" el hombre como individuo libre y responsable. Esto no quiere decir que en todas partes —como sucede con los negros en Estados Unidos— se le niegue al

hombre la posibilidad de participar en el orden social. No es así; el problema es mucho más complicado.

- *¿No es libre, por ejemplo, el ciudadano francés?*

SARTRE. Es ante todo consumidor, pero un consumidor "manipulado" a quien no se le deja la elección de lo que desea consumir, y se le hace creer que ejerce su libertad por cuanto adquiere los mismos productos que todos los demás.

En una revista para mujeres, en un anuncio de trajes de baño, puede leer esta frase extraordinaria: "Atrevida o discreta, pero cada vez más usted misma". Dicho de otra manera: "Compre usted como cualquiera, para no parecerse a nadie". En esto consiste la manipulación.

El ciudadano francés es también productor, pero en este nivel la enajenación es aún más clara. En todo campo, sea él obrero, empleado directivo o estudiante, su destino se le escapa por completo. Nunca es sujeto, siempre objeto. Sin consultarle, se le impone desde afuera el salario que recibe o el examen que debe aprobar. Se lo ha puesto sobre rieles, y no es él quien determina los cambios de vía.

Lo mismo sucede en los países socialistas pero con la diferencia de que en éstos el objetivo no es el consumo, sino "la producción por la producción". El aparato funciona por sí solo y el individuo tiene su lugar en el proceso. Este lugar está determinado rigurosamente por las necesidades, para él abstractas, de un "plan" en cuya elaboración él no participa. En Checoslovaquia, por ejemplo, una rebelión en contra del sistema inhumano de producción por la producción ha desembocado en una exigencia de libertad.

- *Después del movimiento de mayo en Francia, todos dicen, y en cierta manera el gobierno lo ha reconocido, "que ya nada podrá ser como ha sido hasta aquí". El general De Gaulle Llegó a hablar en la televisión de un orden social que no debe ser "ni capitalista ni socialista" y que debe estar basado en la "participación". ¿Cree usted que realmente va a crearse en Francia un nuevo sistema?*

SARTRE. Como siempre, el gobierno hablará de reformas pero no llevará a cabo ninguna que transforme verdaderamente algo. Pronunciada por De Gaulle y Pompidou, la palabra "participación" no quiere decir nada.

Por supuesto que es posible imaginar una verdadera "participación" que entregue a los trabajadores una capacidad real de decisión. Pero este tipo de participación será siempre rechazado por los empresarios; De Gaulle tampoco quiere saber nada de él.

Inventarán una falsa "participación" que no limite en nada los poderes del empresario, algo parecido a los "comités de empresa" de 1945, que, si bien no fueron del todo inútiles, no modificaron en nada el sistema.

Por lo demás es verdad que en Francia las cosas no volverán a ser como antes. Por dos razones. Primero, porque la juventud ha experimentado una politización irreversible; no sólo los universitarios, sino también los estudiantes de bachillerato. Los niños de diez años saben ahora, por la experiencia de mayo de sus hermanos y hermanas, por qué es indeseable este orden social. En estos jóvenes hay una marcada tendencia a realizar acciones violentas; éstas no se originan simplemente en un mal humor, sino en una representación clara de lo que les espera: el encerrarse en una contradicción. Sienten, por un lado, que tienen pocas perspectivas de alcanzar una posición en este orden social; chocan con una serie de obstáculos que se les coloca en su carrera de estudios con el objeto de sólo dejar el paso a una pequeña *élite*. Por otro lado, sienten desde un principio repugnancia ante las posiciones que podrían alcanzar, una vez vencidos los obstáculos,

porque ven que en ellas serán puros objetos, instrumentos de un aparato, "especializados" para cumplir tareas precisas.

Los jóvenes comprenden esto rápidamente; por eso puede decirse que hoy hace su aparición una inesperada generación de revolucionarios de diez años.

- *Pero será muy raro que esta conciencia se presente también entre los trabajadores jóvenes.*

SARTRE. Con los trabajadores jóvenes sucede algo muy parecido. No tienen, por supuesto, los mismos problemas que los estudiantes, pero comienzan a comprender que las elevaciones de salario por las que lucharon sus padres —y que les han proporcionado importantes ventajas materiales: automóvil, televisión, etc. — no son las únicas claves para la liberación de los trabajadores. También ellos exigen ahora: poder sobre su trabajo y su vida.

La segunda razón de que nada vaya a ser en el futuro exactamente como antes de mayo: Los aumentos de salarios que fueron concebidos rompen el precario equilibrio de la economía francesa. Desde su punto de vista, los empresarios tienen razón al decir que la economía no está en capacidad de soportar esta nueva carga. No lo puede, en realidad, dentro del actual sistema.

Se vuelve imposible mantener al mismo tiempo tanto las ganancias de los empresarios y el nivel actual de precios como la capacidad competitiva de las empresas francesas dentro del Mercado Común. ¿Y quién de ellos piensa siquiera en restringir las ganancias?

Lo que liarán es sostener, en la medida de lo posible, las posiciones de la industria de exportación, mediante subvenciones y reducciones de impuestos, y recobrar lo que se ven obligados a dar a los trabajadores, mediante elevación de precios.

Pero los trabajadores se darán cuenta de esto. Observarán que su poder de compra, luego de aumentar durante unos meses, vuelve a disminuir hasta el nivel de antes, o aún más. Y no lo aceptarán fácilmente. Es muy probable que entonces, superando la falsa imagen política que proyectaron las elecciones, vuelva a presentarse la realidad de violencia de las fuerzas sociales.

- *Los dirigentes de la izquierda política, como François Mitterrand, Guy Monet y Waldeck Rochet, no estuvieron —es lo menos que puede decirse— al frente del movimiento de mayo. ¿Cree usted que de esta crisis puede salir un nuevo movimiento revolucionario, independiente de los viejos partidos y de mayor combatividad que estos?*

SARTRE. Los comunistas han sostenido siempre —y hasta ahora con razón— que todo movimiento revolucionario que pretende estar a la izquierda del Partido Comunista lo que hace en realidad es dividir a la clase obrera y colocarse "objetivamente" a la derecha del Partido.

Me parece que querer discutir ahora sobre este punto es plantear erróneamente el problema. No se trata de preguntarse si se está a la derecha o a la izquierda del Partido Comunista, sino de preguntarse si se está verdaderamente en la izquierda.

¿Quién estuvo en la izquierda durante el movimiento de mayo? Por supuesto que no lo estuvieron Mitterrand y Guy Mollet. Ellos sólo quisieron aprovecharse de la oportunidad para llegar al poder. No intentaron comprender la profunda novedad de la situación.

Tampoco el Partido Comunista estuvo en la izquierda. Hizo todo lo que pudo por

frenar el movimiento. Hizo posible que este movimiento fuese a encallar en las elecciones. Los comunistas atacaron e insultaron disimuladamente a aquellos estudiantes que mostraron mayor combatividad. *L'Humanité*, órgano central del PC, gastó sólo unas cuantas líneas en protestar cuando el gobierno prohibió aquellos "grupúsculos" revolucionarios que estuvieron en el origen de todo el movimiento. Frente a estas experiencias estoy convencido de que, en diez años, los actuales dirigentes de la izquierda habrán perdido toda representatividad. No veo tampoco qué peligro pueda presentarse si, fuera del Partido Comunista y a su izquierda, se forma un nuevo movimiento revolucionario.

Creo inclusive que esto es inevitable y que es además la única posibilidad de "poner en movimiento". La política del Partido Comunista: es necesario crear una posibilidad para que los verdaderos revolucionarios que se encuentran todavía en el seno de este partido hagan oír su voz e impongan una nueva orientación al Partido.

- *La gran importancia que ha dado la opinión mundial a la crisis francesa se debe a que es la primera vez que sucede algo parecido en una sociedad industrial moderna. La pregunta es ahora: ¿se basa esta crisis en premisas históricas y sociales que constituyen una peculiaridad francesa? ¿O es también posible una explosión parecida en otros países desarrollados, como Alemania por ejemplo?*

SARTRE. Estoy convencido de que en Alemania puede suceder lo mismo. Muchas de las ideas que tuvieron influencia en los estudiantes franceses vinieron de los estudiantes socialistas de Alemania; sobre todo la idea de que es imposible que el movimiento estudiantil se desarrolle si no crea una conexión con el movimiento obrero.

Usted dice que una alianza de este tipo es casi imposible en Alemania. Pero también en Francia se la tenía por imposible. Y sin embargo, pese a inmensas dificultades y aunque las cosas no hayan ido todavía muy lejos, la alianza pudo establecerse.

No veo ninguna razón para que un fenómeno parecido no pueda producirse también en Alemania. Más bien al contrario.

En Francia se pudo observar: Los trabajadores que con mayor energía exigieron un "poder obrero", un control sobre la dirección de las empresas y una verdadera participación en las decisiones no pertenecían a las capas inferiores de sus ramas laborales: tenían ya un nivel de vida relativamente alto y una calificación relativamente elevada.

La masa de los trabajadores alemanes tiene un nivel de vida más elevado que el francés. Los trabajadores alemanes participan en una medida elevada del "bienestar de la sociedad de consumo". Tal vez esto los lleve a volverse conscientes de los límites del "bienestar" y de la enajenación que subsiste en él.

De cualquier manera, el movimiento francés, que nadie había previsto, reveló algo que a Si me parece de suma importancia: que, a partir de ahora, ninguna burguesía en el poder puede creer que está asegurada contra la "terrible sorpresa".

- *¿Ninguna burguesía, ni la francesa ni la alemana? ¿Qué opinión tiene usted del régimen actual de la República Federal Alemana?*

SARTRE. La República Federal es el país de Europa que más se parece a Estados Unidos. Usted sabe que yo no tengo mucha simpatía por el sistema norteamericano; por eso me duele que Alemania occidental siga el camino que sigue. Es el camino de la comodidad socialdemócrata.

Pero no soy pesimista respecto al futuro de Alemania. Veo que ahora existe una Alemania joven por la que siento una gran simpatía: la Alemania de los estudiantes

socialistas y la de los obreros jóvenes, no muy numerosos todavía, que rechazan el sistema actual.

- *Son fuerzas que no tienen peso político y que difícilmente podrán adquirirlo.*

SARTRE. No digo que vayan a tomar mañana el poder, pero estoy seguro de que cada vez se sentirán menos aisladas. Ya ahora forman parte de un gran movimiento internacional.

Considero que el acontecimiento más importante de estos últimos años ha sido el nacimiento de un verdadero internacionalismo. Antes se hablaba a menudo de internacionalismo. Pero cuando —por ejemplo, después de la Comuna de París— se mataba a decenas de miles de trabajadores, en los otros países no se organizaban demostraciones ni huelgas de solidaridad.

En la actualidad, la rebelión en un país tiene casi inmediatamente eco en el extranjero. Hace dos semanas, por ejemplo, los estudiantes de la Universidad de Berkeley salieron a la calle y sufrieron la represión. Querían expresar su solidaridad con los estudiantes y los trabajadores franceses,

Tal vez los estudiantes alemanes se sientan aislados en la Alemania de estos días. Pero saben que no lo están en el resto del mundo y que tienen aliados en Praga, en París, en Nueva York, en Belgrado, en San Francisco, en Milán, en todas partes.

Muchas de las ideas revolucionarias de los estudiantes franceses vinieron de Alemania. Allí regresarán, de Francia o de otras partes.

APÉNDICE

Victoria en la victoria*

Es la primera vez que un editorial de *Les Temps Modernes* no es redactado por un miembro de nuestro equipo. "Victoria en la victoria" es un artículo no firmado, aparecido el 11 de mayo, al día siguiente de la noche de las barricadas, en la revista mensual política y estudiantil *Le Point*. Se trata, en nuestra opinión, de un análisis, admirable en rigor y lucidez, sobre el sentido de las jornadas que acabamos de vivir y de la impugnación radical que implican. Estamos de acuerdo en todo con lo que aquí se dice y juzgamos que no podríamos decirlo mejor. En el momento en que los estudiantes acaban de manifestar brillantemente su audacia y su inteligencia —la identidad de la audacia y de la inteligencia— es más justo darles a ellos la palabra que tomarla nosotros, incluso para aprobarlos.

T. M.

Sin duda asistimos, con las manifestaciones de los estudiantes alemanes, italianos y franceses, al más extraordinario acontecimiento político revolucionario que haya conocido Europa occidental desde la huelga belga de 1960, las manifestaciones del Metro Charonne y la del pueblo argelino en París, preludio de la independencia conquistada en Argelia. Simplemente, la escalada en la desintegración del orden de la legalidad burguesa se ha acentuado aún más: la burguesía es puesta fuera de la ley por sus propios hijos. Esta vez, la sociedad burguesa ve establecerse la guerra civil en su seno: no la guerra de dos naciones, ni la de dos clases; la burguesía misma es la que se encuentra dividida en dos, literalmente desgarrada por la ruptura de generación entre su teoría y su práctica, más aún: entre su teoría ecuménica del hombre universal de los "derechos del hombre" y la teoría revolucionaria del hombre de la contraviolencia, de la juventud que desenmascara y pone al desnudo toda la violencia difusa, secreta y *ante todo ideológica*, detrás de la cual se disfraza la burguesía. El conflicto ha alcanzado la pureza política de su significación: conflicto puramente político e ideológico, sin ninguna atadura material precisa ni interés parcial por defender ni particularidad por hacer reconocer. Toma de golpe la amplitud y la generalidad patética de las razones de vivir, razones en nombre de las cuales ser un hombre: razones puramente negativas que no son otra cosa que el rechazo, en bloque y radical, de la sociedad burguesa. Allí está la originalidad del movimiento.

No hay objetivos precisos: ellos dan siempre pretexto al desmantelamiento, a las retóricas del compromiso y de las concesiones, a las desmovilizaciones conciliadoras. Esta vez, se rechaza y se recusa, para estar seguro de no tener nada que recibir, y para evitar así todo elemento susceptible de sofocar el movimiento de revolución y de transformación radical de la sociedad. Se dirige al trastorno de las estructuras más estables, las más evidentes, las más necesarias para lo que constituye el fundamento de la existencia social del capitalismo. Es necesario haber escuchado el asombro ingenuo del prefecto de policía de que se haya podido tratar de SS a todo hombre-con-casco-provisto-de-cachiporra-practicando-su-oficio-de-policía, para comprender qué es lo que hace a la burguesía incapaz de comprender. Y es que para todo estudiante y todo hombre lúcido un policía es, en su esencia, un SS, porque está allí para cumplir exactamente la función cuya quintaesencia fue revelada por los SS: asegurar el orden, es

* Este editorial de la revista *Le Point* fue reproducido en el número de mayo-junio de 1965 de *Les Temps Modernes*.

decir, el desorden institucionalizado de la sociedad burguesa, su sistema de represión frente a todo lo que no entra en el cuadro de lo que ella ha decidido que debe ser la organización de su vida. Y sobre todo, ante todo y en primer lugar, el hecho fundamental —que es como el aire envenenado del cual los pulmones ideológicos de la burguesía no podrían privarse sin reventar por exceso de oxígeno, por exceso de libertad — a saber: que los policías son necesarios, que esto es obvio, que el hombre es malo: ante todo cada uno es policía de sí mismo, como su reverso maléfico, su demonio escondido, y sobre todo cada clase lo es de la otra; que una sociedad sin policía es como un perro sin collar: la anarquía, el desorden, lo arbitrario retornando a las fuerzas ciegas de la violencia; y que por lo tanto, si el mantenimiento del orden es un mal necesario, es porque este mal es un bien que todo hijo debe recibir como una dádiva del cielo: la gracia inventada de la sociedad laica, el don del Espíritu Santo transmitido —a nadie le está permitido ignorar la ley— a todo heredero digno de este nombre.

A parte de esto, se le pedirá que estudie la sociedad, que piense de acuerdo a la verdad, que analice rigurosamente los hechos, algo que en sí mismo es aceptable (siempre que le esté permitido hacerlo). Pero además de todo esto se le pedirá que esté de acuerdo, ¡que dé su adhesión! Lo que es ya llevar un poco lejos el vicio, dar el látigo para ser flagelado: que se embrutezca a las masas a golpes de informaciones fragmentadas y falseadas, de medios masivos de condicionamiento, pero que no se les pida además que se embrutezcan ellas mismas. En efecto, sólo hay un hecho que descubrir si se observa el funcionamiento de la sociedad: la violencia establecida de este estado de cosas, de este estado arbitrario que es el Estado burgués, definida por todos los monstruos reprimidos por sus rechazos: libertad, locura, pobreza, delincuencia, sexualidad, responsabilidad, espontaneidad, democracia real, felicidad, raza negra, amarilla, roja, fuerza de trabajo, etc., en fin, todas esas zonas descalificadas por su nombre mismo y que son precisamente el producto del contraterror que se inflige la burguesía para erigir su imperio generalizado de sumisión a la ley única de la ganancia, del rendimiento, de la productividad. Calvinismo impenitente de los instintos humanos en beneficio de la única ley del orden productivo y progresista: Esta pequeña verdad, indudablemente fundamental la de contradicción entre su Ley y la Libertad, suelo común y raíz de estabilidad por cerca de dos siglos de existencia social burguesa, que estalla y deja perpleja a la burguesía viendo de repente vacilar la plataforma de su existencia inmemorial bajo los pasos de la progresión histórica de sus hijos: negación de la herencia, he aquí la justicia inmanente que se da una clase a través de sus hijos y que la deja sin recursos contra esta impugnación repentina de su legislación. Durante mucho tiempo la revolución fue optimista: la violencia iba a la par con la razón. Las mismas causas provocaban la rebelión y la proveían de los medios para triunfar y realizarse. La humanidad sólo se planteaba los problemas que podía resolver. Desde hace poco, y éste es el golpe de genio del neocapitalismo, las rebeliones y los instrumentos racionales de su realización se han desunido: los países subdesarrollados (sin fuerzas productivas), los estudiantes (sin inserción social), encarnan la rebelión y la violencia; la burguesía capitalista encarna la razón y el poder efectivo. ¿Está acaso la sociedad industrial en camino de volverse la verdad de la humanidad? Pues bien, ¡no! Esta violencia totalmente nueva y paroxística reinventa instrumentos, una racionalidad original, y encuentra de nuevo recursos para la impotencia que se había apoderado de ella. Simplemente amplía con una maniobra el alcance de lo que ella acepta poner en juego en el combate, y que en este caso es directamente la vida, la existencia. Basta esto, y todo cambia de sentido: lo que parecía condición imposible demuestra ser ampliamente suficiente para alcanzar el resultado: simplemente se multiplican los riesgos.

Hay que haber visto a los vietnamitas reparar la rueda de una bicicleta con el perno

sacado de un avión norteamericano abatido para comprender que los revolucionarios no abandonan ninguna racionalidad, ni la de las metas lejanas, ni la de los objetivos inmediatos, que simplemente la cambian de sentido, que ella será la de la invención racional puesta al servicio de la razón fundamental que constituye el sacrificio de su existencia, su existencia dispuesta al sacrificio: la nada de un perno, símbolo ridículo de la más grande sociedad industrial del mundo, volviéndose el todo de la Razón a partir del *contexto absoluto* en el cual han decidido exponer su vida.

Hay que haber visto a los estudiantes parisienses arrancar los adoquines de las calles de París para saber que la Razón es menos exigente de lo que nos lo enseñan los especialistas en ella, ya que está dispuesta a sostener la rebelión en acción, frente a las exigencias complejas de esta razón en manos de los policías, que no tienen nada que arriesgar porque tienen todo por perder, y que deben refugiarse detrás del blindaje complicado de sus carros, del plexiglás de sus escudos y de otros instrumentos refinados de autodefensa.

Hay que haber seguido la lección de Castro y de Guevara para saber en qué medida es posible reinventar la estrategia en cada circunstancia, cuando la revolución depende directamente de la pura espontaneidad de la existencia del combatiente puesta en juego: escaramuza indecisa, mitin político, ocupación provisional del terreno, provocación, revelación de la violencia del enemigo, armas todas de movilización revolucionaria y de acción racional, que aniquilan la seudorracionalidad del adversario, que no dispone de más armas que el bombardeo masivo y la exterminación.

Y por supuesto, es preciso aprovechar las limitaciones del adversario: el hecho de que la burguesía no esté dispuesta todavía a mandar disparar sobre sus propios hijos a sus guardias pretorianos, y que éstos se vean acorralados en una cierta forma de ofensiva-defensiva. Este es precisamente el precio de la pureza ideológica en que se origina la rebelión estudiantil, puesto que son hijos de su padre es que los estudiantes son capaces de ofrecer combate en esta guerra civil completamente *sui generis*, en el cual luchan contra sus propios privilegios, y que son capaces al mismo tiempo de atrapar al adversario en un punto y sobre un terreno en que es imposible para éste responder como lo haría frente a un enemigo de clase.

Por el hecho de que golpean en el eslabón más débil del imperialismo occidental, su eslabón ideológico, es que su rebelión es peligrosa y alcanza al mismo tiempo la violencia explosiva de la cual es una manifestación. Y no hay que tener escrúpulos, pues se trata de lo mismo que en Vietnam: el combate se determina cada vez en función de los combatientes y del estado de fuerzas presente, y no en función de la pureza del sacrificio emprendido.

Se debe a que la opinión mundial no aceptaría el uso de la bomba atómica el que, excluyendo este medio, todas las invenciones revolucionarias de las fuerzas vietnamitas se vuelven posibles.

"Sin un objetivo, sin reivindicaciones precisas, sin ofrecer una alternativa": los padres quedan petrificados frente al fenómeno de esta revolución aparentemente sin programa y que parece ser literalmente lo contrario de lo que corresponde a la esencia de toda reivindicación. Y es que se trata precisamente de esto: de colocarse fuera de todos los órdenes de la racionalidad, dado que la burguesía se ha apoderado de *todas las racionalidades* existentes, de impugnarla, pues, donde se le acaban los recursos, ya que su existencia misma es la que allí está en juego: su existencia como *verdad* de la historia del mundo desarrollado, avanzado e industrial, verdad que afirma que los actos tienen siempre su razón, es decir, su motivo y finalmente su interés.

Y es que toda razón está del otro lado, del lado de la paternidad, de la ley, de la razón justa y perfecta, en resumen, del lado del terror, y que con el terror es como los

estudiantes quieren acabar con éste, con esta imposición obsesiva de la ley trasmitida, heredada, sujetadora y neutralizadora.

Con este título es que la violencia constituye todavía la representación más adecuada de la meta perseguida y de la transgresión reivindicada. Mediante ella los estudiantes se ven confrontados súbitamente con la base misma del Estado burgués, obligados a volverse contra él, a arrancar los adoquines y lanzarlos, con el gesto de la violencia pura, a la cabeza de los policías rabiosos, blindados y especializados. Máximo momento revolucionario en el cual el hombre se define ya no por su herencia sino por su posibilidad de hacerse a sí mismo sobre la base de su sola decisión que decide su destino. Estemos tranquilos: no faltan objetivos concretos, pero su irrealidad debe permanecer en silencio mientras no hayan adquirido la realidad que les conferirá el derribo del régimen existente.

Estamos en la época de las "locuras" colectivas: Castro toma con trece hombres una isla; Mao cierra las universidades por un año, creando así una masa de maniobra antiburocrática (lo haya querido o no) que asegurará la perennidad de la revolución; los vietnamitas, en fin, que con simples bicicletas resisten a la más potente nación militar e industrial del mundo. Estemos seguros de que asistimos al nacimiento de una nueva "locura" colectiva que, como las precedentes, habrá de triunfar: que ha triunfado ya.